



Flora Tristán

Paseos por Londres



Programa Universitario
de Fomento a la Lectura

◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO



◆ COLECCIÓN ◆
FERNANDO CARLOS
VEVIA ROMERO



Ricardo Villanueva Lomeli
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Carlos Iván Moreno Arellano
Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez
Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial Universitaria



**Programa Universitario
de Fomento a la Lectura**

Primera edición electrónica, 2020

Director de la colección
Fernando Carlos Vevia Romero

Coordinador de la colección
Alfredo Tomás Ortega Ojeda

Autora
Flora Célestine Thérèse Henriette
Tristán y Moscoso Lesnais

Prólogo
Enrique José Jardel Peláez

D.R. © 2020, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria
José Bonifacio Andrada 2679
Colonia Lomas de Guevara
44657, Guadalajara, Jalisco
www.editorial.udg.mx

Diciembre de 2020

ISBN 978-607-547-972-9
DOI: <https://doi.org/10.32870/9786075479729>



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consúltese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Todos los derechos de autor y conexos de este libro, así como de cualquiera de sus contenidos, se encuentran reservados y pertenecen a la Universidad de Guadalajara; por lo que se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes. Queda prohibido cualquier uso, reproducción, extracción, recopilación, procesamiento, transformación y/o explotación, sea total o parcial, sea en el pasado, en el presente o en el futuro, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y texto y, en general, cualquier fin de desarrollo o comercialización de sistemas, herramientas o tecnologías de inteligencia artificial, incluyendo pero no limitando a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en este libro y/o en alguna de sus partes. Cualquier acto de los aquí descritos, o cualquier otro similar, está sujeto a la celebración de una licencia. Realizar alguna de esas conductas sin autorización puede resultar en el ejercicio de acciones jurídicas.

Hecho en México
Made in Mexico

Estimado lector:

A casi una década de su creación, el Programa Universitario de Fomento a la Lectura Letras para Volar se ha consolidado como una iniciativa de responsabilidad social de gran alcance. Este Programa atiende un problema social que se encuentra en la base de la educación y realiza acciones no sólo para el desarrollo de habilidades como leer y escribir en el ámbito universitario, sino que también promueve el placer por la lectura y el acceso a los libros.

Sabemos que existe una correlación positiva entre la cantidad de libros que se poseen y el desempeño académico; sin embargo, en México sólo una de cada cuatro personas tiene más de veinticinco libros en su hogar (Conaculta, 2016). Por eso, la Universidad de Guadalajara se ha empeñado en aportar tirajes masivos para hacer accesible la lectura, así como desarrollar una serie de actividades que promuevan el gusto por ésta.

Las colecciones literarias de narrativa, Caminante Fernando del Paso; de poesía, Hugo Gutiérrez Vega, y de ensayo, Fernando Carlos Vevia Romero, expresan

un mensaje que la Universidad de Guadalajara quiere transmitir a toda la ciudadanía: leer es importante, leer es placentero, leer es transformador, leer es posible.

¡Que ningún universitario se quede sin leer!

Dr. Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Universidad de Guadalajara

Índice

9	Flora tristán, una precursora de la ecología política
17	Prefacio
19	Capítulo 1. La ciudad-monstruo
24	Capítulo 2. Acerca del clima
27	Capítulo 3. El carácter de los londinenses
30	Capítulo 4. Los extranjeros en Londres
44	Capítulo 5. Los artistas
56	Capítulo 6. Una visita a las Cámaras del Parlamento
64	Capítulo 7. Los obreros de las fábricas
70	Capítulo 8. Mujeres
71	Mujeres a contrato
81	Mujeres intelectuales
91	Mujeres públicas
101	Corolario

Flora tristán, una precursora de la ecología política

Este libro que tienes en tus manos no es un simple relato de viaje; en él, Flora Tristán presenta un interesante estudio sobre las condiciones de vida de los obreros, los conflictos sociales y la degradación ambiental durante los albores de la Revolución Industrial, en Londres, cuna del capitalismo. Esta es, como nos dice su autora, “una obra de hechos, de observaciones recolectadas con toda la exactitud de la cual era capaz”. Publicado hace ciento ochenta años, Paseos por Londres sigue siendo una lectura clave para nuestro tiempo.

Nos encontramos aquí con la obra de un personaje que vivió en la primera mitad del siglo XIX, precursora de las luchas obreras, defensora de los derechos de las mujeres y, podemos decirlo, de la investigación sociológica y la ecología política. En palabras de André Breton, “posiblemente no hay un destino femenino que, en el firmamento del espíritu, deje una estela tan larga y luminosa”, como la de Flora Tristán.¹

¿Quién fue este personaje excepcional?

¹ « Il n'est peut-être pas de destinée féminine qui, au firmament de l'esprit, laisse un sillage aussi long et aussi lumineux » ; André Breton, *Le Surréalisme même*, no 3, 1957, p. 4.

Su historia comienza, como ella misma lo relató en otro de sus libros, *Peregrinaciones de una paria*, cuando su madre francesa, Teresa Laisnay, se casó en secreto con un aristócrata y militar peruano, Mariano Tristán y Moscoso, en Bilbao, España, en una ceremonia oficiada por un párroco que era también un emigrado de la Revolución Francesa.

Después de cuatro años de una vida que ella recordaba como feliz y sin carencias, su padre murió. Su madre, al no poder legitimar su matrimonio y disponer de la herencia, quedó en la ruina y volvió a París viviendo en condiciones precarias y conociendo en carne propia la pobreza, Flora entró a trabajar a los dieciseis años como obrera colorista en el taller de litografía del pintor André Chazal, con quien, luego, contrajo un matrimonio de conveniencia. Ella escribiría después “a esa unión debo todos mis males”. Tuvo tres hijos, uno de los cuales murió en la infancia; su tercera hija, Aline, sería la madre del famoso pintor Paul Gauguin.

Cansada de la vida con un esposo celoso y violento, Flora huyó de los malos tratos; siendo hija ilegítima, desheredada y pobre, separada del marido en una época conservadora en la que el divorcio estaba prohibido, se convirtió, como ella decía, en una paria. Se marchó de París con su hija Aline —el esposo se había quedado con la custodia del otro hijo, Ernest— y viajó al Perú en 1832 con el propósito de reclamar su herencia. Después de cruzar el océano al otro lado del mundo en un barco llamado, por

cierto, *Le Mexicain*, cuyo capitán Chabrié la había puesto en contacto con sus parientes peruanos, Flora llegó a Arequipa, la tierra natal de su padre, donde habría de pasar un par de años. Su tío, Juan Pío Tristán y Moscoso, que había sido un militar realista durante la Guerra de Independencia y el último representante de la corona española –virrey interino del Perú por 6 días, hasta que tuvo que aceptar la Capitulación de Ayacucho en 1824–, no le reconoció su herencia, pero ofreció ayudarla pasándole una pensión. Flora volvió a París en 1834, donde escribiría *Peregrinaciones de una paria*, su relato de viaje que sigue siendo considerado fundamental para entender la sociedad y la historia de los primeros años de la República Peruana.

De nuevo en Francia, habría de lograr la separación legal de su marido, que no el divorcio, un derecho por cuya legalización habría de luchar incansablemente, además de participar en campañas por la emancipación de la mujer, los derechos de los trabajadores y contra la pena de muerte. Todavía habría de sufrir el acoso y un intento de asesinato de Chazal, quién ha pasado a la historia como un ejemplo de la violencia de género.

Sin duda, la vida de Flora Tristán en la pobreza y su mala relación marital, contribuyeron a su toma de conciencia sobre lo que ahora llamaríamos problemas de género y sobre la condición de los trabajadores explotados. Escribió que aún “el hombre más oprimido, puede oprimir a otro ser, que es su mujer. Ella es la proletaria del mismo proletario.” La educación de las mujeres del

pueblo fue uno de los temas centrales en sus escritos; cuestionaba a la Iglesia que decía que “la mujer es el pecado”, a los legisladores que la privaban de derechos y a los filósofos que negaban su inteligencia. Dirigiéndose a los obreros, escribió que acusaba a la sociedad de mantener incultas a sus mujeres, a sus madres, cuando al contrario estas debían ser instruidas, a fin de poder a su vez instruir a los hombres y a los niños confiados a sus cuidados. Decía que el mundo sería mejor el día en que las mujeres, la mitad del género humano, pudieran aportar a la actividad social su suma de inteligencia.²

De sus viajes a Inglaterra, entre 1826 y 1839, realizados “con el propósito de estudiar sus costumbres y espíritu”, resultaría *Paseos por Londres* (1840), obra en que discute el contraste de “una miseria profunda en el pueblo irritado y descontento” con la creciente acumulación de riqueza en la clase dominante.

En el texto introductorio de la edición original, “Una mirada sobre Inglaterra”,³ se discute cómo las leyes inglesas habían concentrado la propiedad territorial y el poder político en unas cuantas manos, al despojar al pueblo de sus bienes comunes. Aborda, además, la centralización del poder en la aristocracia, la única clase social con acceso a la educación universitaria y que tenía bajo su control

² Flora Tristán, 1840, *La Union Ouvrière*.

³ Elaborado por un amigo del cual solo aparecen las iniciales A.Z.; esta introducción no se incluye en la presente edición.

la administración de justicia, el comando del ejército y la marina, así como la composición de las dos cámaras del Parlamento y los cargos públicos, situación que mantenía en la miseria a la mayor parte de la población.

La política inglesa, tanto la de los *torys* como la de los *whigs*,⁴ tenía por objeto destruir todo lo que se oponía a la industria mercantil que, en consecuencia arruinaba a las naciones con las que mantenía alianzas comerciales, y convertía “toda actividad de la nación, de los proletarios y los pueblos que han conquistado en un medio para aumentar su fortuna”. Era la época de expansión imperialista del capitalismo global que, con nuevas formas, sigue existiendo en nuestros días. *Paseos por Londres* habría de inspirar otra obra más conocida, *La situación de la clase obrera en Inglaterra* de Federico Engels.

Flora Tristán escribió acerca del carácter de los londinenses, las luchas de los cartistas,⁵ las cámaras del Parlamento, los obreros de las manufacturas, la prostitución, las prisiones y otros temas, pero también sobre los problemas de la contaminación ambiental en aquellos años de auge de la industrialización. La fascinación con

.....
⁴ Con estos nombres se ha designado respectivamente a los conservadores y liberales en la política británica.

⁵ El movimiento Cartista estaba en pleno auge al fin de la década de los 1830 en Inglaterra; la “Carta del Pueblo”, de la que tomó su nombre, demandaba el derecho de votar para todos los ciudadanos en condiciones de igualdad, pero sólo para los hombres, una cuestión que fue criticada por Flora Tristán.

Londres, dice, “se desvanece como la visión fantástica, como el sueño de la noche; el extranjero despierta de su encantamiento: del mundo ideal cae en todo aquello que el egoísmo tiene de lo más árido y la existencia de lo más material.” La ciudad estaba envuelta en una atmósfera contaminada por “esas chimeneas monumentales que lanzan al cielo su humo negro y anuncian la existencia de grandes fábricas”. La autora relata como “a los vapores del océano, que envuelven constantemente las Islas Británicas, se une en las ciudades inglesas la atmósfera pesada, mefítica, de antro de los cíclopes. Los bosques no alimentan más el hogar doméstico, sino que el combustible del infierno, arrancado a las entrañas de la tierra⁶... arde por todas partes, alimenta incontables fogones” y se encuentra “en los vientos sobre los ríos y las mareas que bañan este imperio”. Ya desde aquel tiempo una “[...] enorme masa de humo sobrecargada de hollín, que exhalan los miles de chimeneas[...] una bruma espesa y negra” envolvían a Londres “como un velo fúnebre.”⁷

.....

⁶ Se refiere aquí al carbón fósil cuyo uso como combustible había sustituido a la leña.

⁷ Ya desde el siglo XVII John Evelyn, conocido por su trabajo sobre la deforestación y la escasez de madera en Gran Bretaña, había escrito en su *Fumifugium* (1661) sobre el problema de la contaminación atmosférica causada por el reemplazo de la leña por el carbón mineral en las casas y talleres. No fue hasta después de que miles de londinenses murieran a causa de la contaminación atmosférica en el verano de 1952-1953,

Flora Tristán escribió otras obras y fue una pionera de la unión de los trabajadores y del internacionalismo proletario. A ella se le atribuye la famosa frase “Proletarios del mundo, uníos”, lema del movimiento comunista internacional. Plasmó sus ideas políticas en *La unión obrera*, publicada en 1840; obra que formaba parte de la biblioteca de Carlos Marx y que antecede al *Manifiesto comunista*. Además de llamar a la unión de los proletarios, planteaba el reconocimiento de la legitimidad de la “propiedad de sus brazos”, esto es, de su fuerza de trabajo, del derecho a éste y del derecho a la instrucción moral, intelectual y profesional “para todos y para todas”, y el reconocimiento de la igualdad de derechos de hombres y mujeres “como el único medio para constituir la unidad humana”.

Para difundir sus ideas, en 1843 inició un recorrido por Francia, donde se reunió con mujeres y obreros de todo el país. Sin embargo, no pudo terminar el viaje al caer enferma. Su diario fue publicado de manera póstuma como *Le tour de France. Journal 1843-1844* (“La vuelta a Francia. Diario 1843-1844”), al igual que *La emancipación de la mujer*, publicado entre 1845 y 1846, obra que ha sido considerado su testamento y que forma parte de las obras fundamentales de los movimientos feministas; desde lue-

que comenzaron a tomarse medidas para mejorar la calidad del aire (J.R. McNeill y P. Engelke, 2014, *The Great Acceleration, an environmental history of the Anthropocene since 1945*, Harvard University Press, Londres).

go, del “feminismo del 99%”, aquel que está comprometido con la justicia de género, con la lucha anticapitalista, la democracia, los derechos de las trabajadoras y las emigrantes; contrario al racismo y la degradación ambiental.⁸

Flora Tristán murió prematuramente de fiebre tifoidea el 14 de noviembre de 1844, en Burdeos, en la casa de Élisabeth Lemonnier (1805-1865), otra activista y luchadora social, educadora considerada como la impulsora de la enseñanza profesional para las mujeres en Francia. Como escribiera Eduardo Galeano, la abuela de Gauguin, “errante militante, peregrina de la revolución, dedicó su vida a pelear contra el derecho de propiedad del marido sobre la mujer, del patrón sobre el obrero y del amo sobre el esclavo”.

Enrique J. Jardel Peláez

Autlán de la Grana, febrero de 2020

⁸ C. Arruzza, T. Bhattacharya y N. Fraser, 2019, *Manifiesto por un feminismo para el 99%*, Herder, México.

Prefacio

Cuatro veces he visitado Inglaterra con el objeto de estudiar sus costumbres y su espíritu. En 1826, la encontré fastuosa. En 1831, mucho menos, y además la noté sumamente inquieta. En 1835, se sentía desazón en la clase media, así también como entre los obreros. En 1839, encontré en Londres una miseria profunda en el pueblo; la irritación era extrema y el descontento, general.

En la obra que ofrezco al público no tengo la intención de bosquejar las miserias del pueblo inglés. Quiero solamente mostrar las pocas cosas que he visto en el país y describir las impresiones que he experimentado. Hablando con franqueza, sin miedo y también sin alguna clase de pudor, espero marcar una brecha por la cual puedan avanzar aquellos que quieran servir a las causas de Inglaterra y su pueblo.

No me he dejado deslumbrar por la apariencia, no he sido seducida por las brillantes y ricas decoraciones de la escena inglesa, he entrado hasta los bastidores, he visto el disfraz de los actores, el cobre de sus galones y he escuchado su propio idioma. Frente a la realidad, he apreciado las cosas en su justo valor. Mi libro es un libro de hechos, de observaciones recogidas con toda la exactitud de la que soy capaz.

Me defiendo porque he señalado los vicios del sistema inglés, a fin de que en el continente (americano) se evite aplicarlos y me encontraría recompensada si pudiera mostrar a mis lectores las opiniones erróneas y de las ideas falsas que podrían haberse adoptado sobre un país desconocido que no se le podría conocer sin haberse impuesto el penoso trabajo de estudiarlo.

Capítulo 1.

La ciudad-monstruo

¡Qué inmensa ciudad es Londres! ¡Cómo esta grandeza recuerda el espíritu y la opresión de la India y la superioridad comercial de Inglaterra! Pero las riquezas son de naturaleza efímera. Aquellas no durarán sin destruir las leyes universales que quieren que, un día, el esclavo rompa sus hierros, los pueblos sojuzgados sacudan el yugo y que las luces útiles al hombre se expandan a fin de que la ignorancia sea también vencida.

¿Cómo será entonces la sombra extendida de Londres? ¿Sus proporciones gigantescas sobrevivirán al poder exterior de Inglaterra y a la supremacía del comercio inglés? ¿Aquellas vías férreas que surcan la monstruosa ciudad en toda dirección, le asegurarán un crecimiento sin límites? Tales son las preocupaciones del pensamiento frente a la visión de las oleadas de gente que se discurren silenciosas en la oscuridad de esas largas calles, ante la vista de aquel prodigioso cúmulo de casas, de navíos y de cosas; y se experimenta la necesidad de entregarse al examen de hombres de toda clase y de sus obras de toda especie, a fin de encontrar una solución a las dudas con las cuales el espíritu requiere.

A primera vista, el extranjero queda admirado por el poder del hombre; más tarde queda abrumado por el peso de esa grandeza y se siente humillado al ser diminuto.

Aquellos innumerables barcos, navíos, edificios de toda inmensidad, de toda denominación que cubren la superficie del río al cual reducen al espacio estrecho de un canal; la grandiosidad de aquellos arcos, de aquellos puentes que se creería arrojados por gigantes para unir las dos riveras el mundo; los *docks* (o puertos), inmensos depósitos; aquellas cúpulas, aquellos campanarios, aquellos edificios a los cuales los vapores dan formas extrañas; aquellas chimeneas monumentales que lanzan al cielo su negro humo y anuncian la existencia de grandes fábricas.

Pero por la noche que hay que ver Londres, con mágicas claridades de millones de lámparas: es resplandeciente. Sus largas calles, que se prolongan al infinito; sus tiendas, donde los flujos de luz hacen brillar de mil colores la multitud de obras maestras que la industria humana produce; aquel mundo de hombres y mujeres que pasan y repasan alrededor de uno; todo ello produce la primera vez, un efecto embriagador. Mientras que, de día, la belleza de las veredas, el número y elegancia de los jardines, cuyas rejas parecen alejar del gentío el hogar doméstico, la extensión inmensa de los parques, la belleza de los árboles, la multitud de carruajes soberbios, tirados por magníficos caballos, que recorren las rutas, todas aquellas realizaciones espléndidas tienen algo de magia que ofusca el juicio; además, no hay extranjero que no se sienta fascinado al entrar en la metrópoli británica. Empero, me apresuro en decirlo, esta fasci-

nación se desvanece como una visión fantástica, como el sueño de la noche; el visitante retorna pronto de su encantamiento; del mundo ideal cae en todo lo que el egoísmo tiene de más árido y la existencia de material.

Londres, centro de capitales y de negocios del imperio británico, atrae incesantemente a nuevos habitantes; pero las ventajas que, bajo esa relación, ofrece a la industria están balanceadas por los inconvenientes que resultan de la enormidad de las distancias. Esta ciudad es la reunión de varias ciudades, su extensión se ha vuelto demasiado grande para que se pueda frecuentar o conocer. ¿Cómo mantener relaciones con los familiares y amigos cuando para hacerles una visita de una hora, es necesario emplear tres para el trayecto?

El londinense, que regresa a su casa por la noche, agotado por los viajes del día, no podrá estar alegre ni espiritual, ni dispuesto a entregarse a los placeres de la conversación, de la música o de la danza. Las facultades intelectuales, de las que estamos dotados, desaparecen por las fatigas corporales llevadas al exceso: es así como vemos al hombre del campo de regreso a su casa después de doce horas de penosa labor no experimentar sino el deseo de comer y dormir para reparar sus fuerzas, y a su inteligencia permanecer inerte, por poderosos que sean sus recursos.

Londres tiene tres sectores bastante diferentes: la *cit  *, el *west-end* y los *faubourgs*. La primera es la antigua ciudad, que, a pesar del incendio ocurrido bajo el

reinado de Carlos II ha conservado gran número de pequeñas callecitas estrechas, mal alineadas, mal construidas, y los bordes del Támesis, llenos de casas bañadas en sus cimientos por las aguas del río. Se encuentra, por lo tanto, independiente de sus nuevos esplendores, una cantidad de vestigios de los tiempos anteriores a la restauración y el reinado de Guillermo III. Se ve una multitud de iglesias y de capillas pertenecientes a todas las religiones, a todas las sectas.

Los habitantes de esta división son considerados por aquellos del *west-end* como los John Bull de pura sangre; son, en su mayor parte, excelentes mercaderes que se equivocan raramente acerca de sus intereses y a quienes nada afecta, salvo estos mismos intereses, que son las tiendas en las cuales han hecho grandes fortunas.

Los hábitos, las costumbres y el lenguaje de la *cit  * se hacen notar por sus formas, sus matices, sus usos, sus locuciones que los elegantes del *west-end* llaman *vulgarity*.

El west end está habitado por la corte, la alta aristocracia, el comercio elegante, los artistas, la nobleza provinciana y extranjeros de todos los países. Las casas están bien construidas, las calles bien alineadas, pero extremadamente monótonas. All   se encuentran los brillantes coches, las damas magníficamente engalanadas, un mundo de servidumbre armados de largas varas con empu  adora de oro y de plata.

Los *faubourgs*, arrabales a causa de los arrendamientos baratos, encierran a los obreros, las mujeres públicas y aquella turba de hombres sin destino que la falta de trabajo y los vicios de toda clase conducen al vagabundaje, o a quienes la miseria y el hambre fuerzan a convertirse en mendigos, en asaltantes, asesinos. El contraste que presentan los tres sectores de esta ciudad es aquel que la civilización ofrece en todas las grandes capitales; pero es más chocante en Londres que en ninguna otra parte. Se pasa de esa activa población de la *cit  * que tiene por el único móvil el deseo de ganar, a aquella aristocracia altanera y despectiva, que viene a Londres cada año para escapar a su tedio y hacer muestra de un lujo desenfundado, o para gozar del sentimiento de su grandeza a través del espectáculo de la miseria del pueblo.

Finalmente, en los arrabales está aquella masa de obreros tan flacos, tan pálidos y cuyos niños tienen un semblante tan lastimoso. Enseguida los enjambres de las prostitutas de miradas l  bricas; brigadas de hombres ladrones de profesión que, como aves de presa, salen cada noche de sus guaridas para lanzarse sobre la ciudad, donde roban sin temor y se entregan al crimen, seguros de poder desaparecer de la persecución de la policía, que es insuficiente para alcanzarlos en tan inmensa extensión.

Capítulo 2. Acerca del clima

El clima parece no ser importante en la construcción de una ciudad, pero ¡cuántas diferencias morales se explican por la diversidad de los climas! Al mediodía, domina la vivacidad de las visiones, el brillante estallido de la imaginación; es una vida rápida, interrumpida por largos ratos de ensueño o indecisión; yendo hacia el norte el imperio de las necesidades crece; las penas y las recompensas corporales se convierten en casi los únicos móviles del hombre, mientras que en el mediodía la naturaleza pródiga permite al alma el goce de sí misma; también el sentimiento de los bienes y de los males de este mundo es menos vivo y los pueblos son más accesibles que en el norte a la influencia del pensamiento religioso.

A los vapores que en el océano recorren constantemente las Islas Británicas, se une en las ciudades inglesas la atmósfera pesada, insalubre de la caverna de los cíclopes. Los bosques no alimentan más el hogar doméstico y es el combustible el invierno arrancado de las entrañas de la tierra el que aparece.

A aquella enorme masa de humo sobrecargada de hollín que exhalan los millares de chimeneas de la monstruosa ciudad se une una niebla espesa, y la nube negra que envuelve Londres no permite penetrar más que un

día empañado y esparcido sobre todos los objetos como un velo fúnebre.

En Londres se respira la tristeza; ésta se encuentra en el aire, entra por todos los poros. Cuando se es atacado por aquella influencia, la cabeza está dolorida y pesada, el estómago apenas funciona, la respiración se hace difícil por falta de aire puro y se sufre un cansancio abrumador, entonces uno es cogido por aquello que los ingleses llaman *spleen*. Se siente una desesperación profunda, un dolor inmenso, sin que se pueda decir la causa; un odio violento por aquellos a quienes uno quería más, en fin un disgusto por todo y un deseo irresistible de suicidarse.

En esos días nefastos, el inglés, bajo la influencia de su clima, es brutal con todos los que se le aproximan; es empujado y empuja sin recibir ni dar excusa; un pobre viejo cae de inanición en la calle, sin que alguien se detenga a socorrerlo; va a sus asuntos y poco le importa el resto. Se apresura en terminar con su tarea del día, no para regresar a casa, donde no tendría nada que decirle a su mujer o a sus hijos, sino con el fin de ir a su club, donde comerá muy bien y solo, porque hablar para él es una fatiga. Más tarde se embriagará y olvidará en el sueño de su ebriedad el pasado tedio y las penas del día. Muchas mujeres han recurrido al mismo medio. Lo que importa antes que todo es olvidar que se existe; el inglés no está más alcoholizado por la naturaleza que el

español, que no bebe sino el agua; pero el clima de Londres convertiría del español más sobrio en un borracho.

El verano en Londres no es de ninguna manera más agradable que el invierno; la frecuencia de las lluvias frías, la naturaleza pesada de una atmósfera sobrecargada de electricidad; aquella continua variación de temperatura provoca resfriados, cólicos, dolores de cabeza, de suerte que hay por lo menos tantos enfermos en verano como en el invierno.

El clima de Londres tiene algo tan irritante que hay muchos que no pueden habituarse a él; por esto es materia de permanentes lamentos y maldiciones.

Capítulo 3. El carácter de los londinenses

No tengo la menor intención de examinar el grado de acción que puede tener el clima, la educación, los alimentos, las costumbres, la religión, el gobierno, las profesiones, la riqueza, la miseria, los acontecimientos de la vida que hacen que tal pueblo sea grave, lleno de heroísmo y de orgullo apasionado por las artes y los goces de la vida que hace a los parisienses alegres, comunicativos, francos y valientes, y a los londinenses serios, insoportables, desafiantes y tímidos. Me atenderé por lo tanto a esbozar a grandes rasgos el carácter general de los habitantes de Londres, sin pretender no obstante conseguir la universalidad en el tipo; necesariamente muchos deben descartarse de ello. El hombre de genio es en todas partes un ser aparte que obtiene más de la naturaleza de su organización que de las influencias exteriores. Dejo, por lo tanto, un campo vasto a las excepciones y no diseño sino esta fisonomía banal que la monstruosa ciudad imprime como su sello sobre aquellos que viven en su seno.

El londinense es muy poco hospitalario. La carestía de la vida, el tono ceremonioso que regula las relaciones se opone a todo lo demás. Por otra parte está demasiado ocupado con sus asuntos y no le queda tiempo para

estar de fiesta con sus amigos; no hace por lo tanto invitaciones ni muestra amabilidad sino por motivos de interés; es puntual en sus relaciones de negocios: la extrema longitud de las distancias impone la rigurosa necesidad; el londinense se creería perdido en el concepto público si llegara dos minutos después de la hora fijada para la cita. Cuando está decidido se muestra franco y su proceder es firme; encuentra casi siempre más facilidades y ayuda en sí mismo que si estuviera comprometido. Lleva la constancia en sus empresas hasta la obstinación. Mantiene bajo juramento el terminar lo que ha comenzado y ni las pérdidas de dinero o de tiempo ni ningún obstáculo lo podrían detener. En sus relaciones de familia es frío, ceremonioso, exige mucha atención, consideraciones y respeto, y se hace un deber el rendir aquella misma atención, respeto y consideraciones. Con sus amigos es muy circunspecto y aun desafiante; no obstante se esfuerza mucho para hacerse agradable a ellos; pero lleva raramente la amistad hasta obligar a su bolsillo. Con los extranjeros hace alarde de una modestia que no tiene o toma un aire soberbio lo cual es bastante ridículo. Frente a sus superiores es flexible, lisonjero y lleva la adulación hasta la bajeza frente aquellos de los cuales espera algo. Para sus inferiores, es brutal, insolente, duro, inhumano.

Sus sentimientos de odio contra los extranjeros, particularmente contra los franceses, fomentados con tanto cuidado en las masas por la aristocracia se borran

cada día, a pesar de los esfuerzos del *torysno* (políticos conservadores), para mantenerlos. Es también de buen tono entre los londinenses el aparecer libre de obligaciones bajo pena de ser tomado por un John Bull de la ciudad; sin embargo, sea por rivalidad comercial o envidia, están celosos de los franceses. Su odio se muestra a cada palabra con una intensidad que aumenta aun los cuidados que toman de disimularlo.

La pasión dominante del londinense es el lujo: estar bien vestido, bien alojado, tener un coche personal que lo ponga sobre un pie respetable es el sueño de toda su vida, el objeto de su ambición.

Al ver la comodidad elegante de la cual goza el londinense rico, se podría creer que es feliz; pero si se quiere darse el trabajo de estudiar la expresión de su fisonomía se reconoce en sus rasgos que llevan la huella del tedio y el cansancio, y en sus ojos se advierte que la vida del alma está apagada y la actitud del cuerpo manifiesta no solamente que no es feliz, sino que está en condiciones que le impiden aspirar a la felicidad.

Capítulo 4. Los extranjeros en Londres

Londres, por su comercio y grandes riquezas, atrae a un gran número de extranjeros, la mayoría de ellos se dedica a las industrias: se puede decir los unos pertenecen al comercio y los otros, a la intriga.

Se me ha asegurado que más de quince mil franceses habitan en Londres; los alemanes y los italianos se encuentran también en gran número; desde los últimos acontecimientos los españoles y los polacos afluyen; me sería imposible precisar la cifra de cada una de estas migraciones. No hablo de las otras naciones que tienen todas sus representantes en la ciudad-monstruo, no poseyendo ningún dato a ese respecto.

Con la excepción de los refugiados, todos esos extranjeros vienen por negocios: entre ellos se encuentra un gran número de obreros de diferentes oficios, gente honesta que trabajan laboriosamente para sostener a su familia; después están los negociantes haciendo el comercio al por mayor o en detalle: los artistas contratados por los teatros, los profesores consagrados a la enseñanza, los médicos, el cuerpo diplomático y, en fin, una masa flotante de viajeros que no se detienen en el país, sino un mes o dos.

Los extranjeros sin capital o crédito para dedicarse al comercio y que no ejercen ni profesión, ni oficio, tienen necesidad de vivir, como los demás y, sin objeción, son los que despliegan la más grande fecundidad de imaginación. Nada es más ridículo, más cómico, que los medios que emplean para introducirse en las sociedades inglesas y se adornan rápidamente de los títulos de barón, marqués, conde, duque, coronel, general, etcétera. Es divertido ver a un viajante, a un peinador o a cualquier otro individuo, sin la menor educación, firmar los más bellos nombres de Francia con un aplomo y una facilidad que pueden hacer creer que se han llamado siempre el *chevalier* de Choiseul o el vizconde de Montmorency. ¡Todos aquellos que son viejos han sido por lo menos “mariscales de campo en el gran ejército, y condecorados por el gran hombre”! Los jóvenes son invariablemente “carlistas”; ellos eran por lo menos “coroneles” bajo Carlos X, y no quieren habitar Francia, porque su rey ha sido desterrado.

En fin, en Londres la manía de los títulos se lleva tan lejos que las “mujeres mantenidas” y aún las “mujeres públicas” se sirven de ellos como “medios de éxito”; aquellas damas se hacen llamar la señora marquesa de..., la señora baronesa de..., la señora condesa de...; y hacen uso también sin recato de las armas de la familia de la cual han tomado el nombre y el título; sellan sus esquelas amorosas con uno de aquellos magníficos sellos de forma antigua, de rico blasón; sus ropas y su

platería son marcadas con la cifra de su linaje, y en fin sus lacayos cuando los tienen, lo cual es bastante raro, llevan una librea feudal. Se concibe que en un país donde “la apariencia es todo”, una prostituta así ataviada ridículamente con vestidura aristocrática debe jugar un cierto papel, y a veces hacer fortuna. Las francesas son finas, y viviendo en el país clásico del “anuncio” y de la “propaganda” aprenden bastante rápido las maneras. Escucharán a los ingleses decir sobre una mujer galante que es una dama de muy buena familia; es sobrina el conde de la Rochefoucauld o es pariente de la familia de M. de Broglie... pero no hay ningún inglés en el mundo que pueda creer en semejante “farsa”.

He visto allí una “colección” de barones, condes y marqueses verdaderamente curiosa. Muchos de ellos están bajo la sospecha de ser pagados por el gobierno francés; la policía, se dice, hace vigilar los pasos de los refugiados republicanos en Londres; los otros son “elegantes caballeros” que, en muy buena forma, buscan cómo vivir.

Aquellos nobles señores hablan de sus grandes hechos de armas, le hacen la corte a la hija de la casa, cantan la romanza y al mismo tiempo buscan envolver al padre en algún “negocio”. ¡Casi todos esos señores poseen los “secretos” de mayor importancia para la industria! Aquel convierte en tabaco “no importa qué especie de hojas”; aquel otro fabrica un papel soberbio con una pasta “desconocida” que no cuesta “casi nada”;

por fin otro más audaz se presenta descaradamente y dice que hace el gas de la “nada”! Un poco de “tierra” y de “aire”, y eso es todo. Después es el “filtro monstruo” para dar agua clarificada a toda la ciudad de Londres. He aquí la cerveza excelente en la cual no entra ni “lúpulo” ni “cebada”. Aquellos que quieren librar a los ingleses del derecho enorme que su gobierno ha puesto sobre los vinos, en su amor por la libertad comercial, fabrican “vinos de Bordeaux y de champaña” a precios tan moderados que el pueblo mismo podrá tomar. Hacen, sin vinos, vinagre tan bueno como aquel de Bordeaux, y aguardiente que disputa al coñac. No terminaría si quisiera enumerar las maravillas de los secretos de estos señores.

Los ingleses se han visto forzados a reconocer que en Francia se hace más descubrimientos que entre ellos. La imaginación francesa ha proporcionado frecuentemente a Inglaterra los medios de fortuna; sin remontarse muy lejos, se puede observar que la máquina de drenar fue inventada en el año VII por un ingeniero francés residente en Saint-Germain; el procedimiento para la fabricación del papel continuo es de Didot, y el sistema de hilado para el lino es de Girard. Todas esas invenciones han sido perfeccionadas y aplicadas en Inglaterra, de donde nosotros las hemos tomado nuevamente.

Los ingleses tienen tal tenacidad que les permite tener éxito, por las mejoras sucesivas, en una invención

cuyo principio fecundo quedaría inerte en Francia. Las máquinas de Girard languidecían luego de varios años, cuando los ingleses las adoptaron y pronto, después de algunas mejoras, el hilado del lino en Inglaterra ha tomado tal desarrollo que está en vísperas de arruinar nuestra industria del lino, por la absurda concesión de nuestro gobierno frente a un régimen que no concede nada y busca siempre incautos.

Luego, los ingleses están generalmente dispuestos a prestar atención a los descubrimientos que los franceses pretenden haber hecho, porque todos los días les vienen de Francia procedimientos químicos y mecánicos nuevos, y artistas que ayudan a sus manufacturas a sostener la formidable concurrencia continental. Aquella disposición, tan honorable como benévola a nuestro favor, es desgraciadamente explotada por los charlatanes, cuyas maniobras permiten acusar a los franceses de mala fe y de fraudulentas intrigas y, por ello, demoran el progreso.

Estas consideraciones me han decidido a escribir este capítulo de “Los extranjeros en Londres”. He aspirado a enseñar a los ingleses a conocernos; a no dejarse engañar por groseras apariencias; a diferenciar el docto del charlatán; el hombre verdaderamente noble del intrigante, el duque de su lacayo, la duquesa de su doncella.

En mayo de 1839, el número de franceses en Londres aumentó de pronto; desde 1830, ha sido lo mismo después de cada revuelta parisina, cuyas oleadas han

venido siempre a expirar en la ciudad-monstruo; además, algunos franceses, que se podría contar fácilmente, han ido con el príncipe Napoleón Luis Bonaparte. Si yo hablo de esto, es para probar cuán poco fundadas son las aserciones por las cuales el Capitolio quería hacer suponer que su príncipe representa un papel en Londres.

Los londinenses, habituados desde la revolución francesa a la presencia de augustos emigrados y de ilustres personajes parecen completamente indiferentes y no atribuyen la menor importancia política a “les deux prétendants” que residen actualmente en su ciudad.

En un tiempo en que la multiplicidad de opiniones deja al observador indeciso sobre lo que piensa la mayoría, en que la apatía política y religiosa hace nacer las esperanzas de los hombres de partido y jefes de sectas, se encuentran personas que han juzgado la ocasión favorable para hacer “desfile” a Napoleón frente al público y que han obtenido algunos efectos haciendo resonar las armas destrozadas del gran ejército. Los franceses, apasionados por la gloria, se recrean, en el seno de la paz, con los relatos guerreros, con las representaciones de batallas, sin que por ello el gobierno del sable sonría mucho a su imaginación, que veinticinco años de paz han vuelto muy positivo. Pero, desde el instante en que la gente parece soñar seriamente en fundar un partido político sobre los recuerdos de una

gloria militar, he querido, por mi cuenta, emitir una opinión acerca del “gran hombre”.

Comienzo diciendo que no tengo por su memoria ni odio ni entusiasmo; yo no pienso de ninguna manera, como madame de Stael, que Napoleón es “Robespierre a caballo”. Aquellos dos déspotas necesitan de títulos diferentes. Simples agentes del gran hecho revolucionario, ni el uno ni el otro tuvieron conciencia de su misión, y los acontecimientos han dicho que, sobre la Isla de Santa Elena el exemperador creía todavía en la “razón humana”.

Los acontecimientos de la revolución francesa son tan grandes que aniquilan a los hombres. Los jefes desaparecen, sea cual fuere su talento, tan pronto como ponen obstáculos a la marcha revolucionaria: es el espíritu de Dios el que la conduce; los hombres son impotentes para guiarla, combatirla o traicionarla.

El interés individual y el interés unitario, siguiendo en orden a la reunión de los hombres en la sociedad, son los dos móviles de la lucha. No hay querella civil o religiosa ni guerra que no puedan ajustarse a aquellos dos principios: pero la lucha los acerca y su tendencia es la de confundirse.

Los hombres son eminentes en los fastos humanos por la influencia que sus trabajos han tenido sobre el porvenir de las sociedades, y por el dominio que han ejercido. Napoleón es el soberano que más lejos ha llevado el poder de la fuerza sobre los pueblos que domi-

naba. Su poder cogía al pobre en su pocilga, al rico en su palacio, sin que ninguno pudiera sustraerse; ¿pero qué nos ha dejado de duradero?, ¿cuál es aquella de sus instituciones la que ha mejorado la suerte de la humanidad, que ha sido de una utilidad permanente? Aquellos códigos de los que se ha querido hacer un título de gloria personal son, al juicio de todos los legistas, bastante inferiores a la legislación llamada “intermediaria” que existía a su llegada al poder.

Asignaba todos los empleos, alcaldes, adjunto y guardia campestre, notarios y escribanos de cámara, jueces y consejeros, obispos y arzobispos, prefectos y heraldos, en fin toda autoridad emanaba de la suya y ninguna profesión e industria, en su vasto imperio, podía ejercerse sin ser autorizada. Su ejército y los depositarios de su autoridad eran vigilados por una policía secreta, compuesta por un número inmenso de agentes. Existía en todos los regimientos, en los palacios de los ministros y hasta en las mesas reales. La prensa estaba censurada y el espionaje estaba organizado en tan grande escala, que ni un pensamiento pronunciado podía escapar al conocimiento imperial.

Bajo su reinado la censura estaba en todas partes, trataba a los franceses como niños a los cuales se les hacía aprender lo que debían “decir” y “pensar” y para este objeto creó “un director de la opinión pública”. Las fianzas, los permisos, las licencias, los diplomas para el ejercicio de todas las profesiones, de todas las industrias,

datan de esa época; incluso llegó a limitar en ciertas profesiones el número de personas que podían ejercerlas. Es cierto que el régimen de las maestrías era un régimen de libertad comparado con las invenciones imperiales: las trabas que los ciudadanos sufren por lo que subsiste todavía de esas deplorables instituciones pueden hacer juzgar lo que debía ser antes que el eslabón hubiera sido roto.

La revolución había introducido la libertad por todas partes; Napoleón no dejaba libre casi ninguna acción de la vida. Los numerosos decretos emitidos bajo su reinado, en materia administrativa, tienden casi siempre a trabar o restringir la libertad. Las instituciones de la Constituyente no fueron nunca más respetadas que las de la Convención. La comuna, el cantón, el barrio, el departamento, fueron despojados de sus derechos políticos, cesaron de poderse administrar ellos mismos, no pudieron vigilar a los administradores del gobierno y, en fin, la nación fue enteramente privada de todo control eficaz sobre los actos del gobierno por la supresión de toda inmunidad electoral. La Restauración misma, bien que apoyada por las tropas aliadas, tuvo vergüenza de servir a los colegios electorales y del modo de dirección establecido por Napoleón; ella no quiso, llamando a una parte de la nación a intervenir en los actos de su gobierno, volverse irrisoria e injuriosa, cosa que consideraba como una concesión al poder real.

Napoleón plantó la bandera tricolor sobre las pirámides y el Kremlin; su espada fue feliz, logró vastas concepciones; sin embargo nada queda, sino las huellas profundas de la opresión. Ha agitado el suelo europeo hasta en sus fundamentos y no ha depositado una semilla de libertad, ni el germen de una institución útil.

El dominio de Napoleón sobre el pueblo fue señalado por la destrucción de las inmunidades más antiguas. Los electores de Alemania recibieron de él, con el título de “rey”, una autoridad irresistible en todo. Las ciudades perdieron sus administraciones municipales, que fueron reemplazadas por los delegados de los nuevos monarcas, y en fin Napoleón se declaró el gran protector del poder real en Europa. Organizó la Confederación del Rin, fundó su protectorado sobre Suiza, mucho menos con el interés de su potencia militar que para oponer un dique al espíritu de libertad.

La máquina gubernamental y la organización política que Napoleón había dado a Europa, bien que ellas se presentaran a su razón con aquella infalibilidad, resultado de una demostración matemática, estaban lejos de tranquilizar su espíritu sobre los intentos de libertad. Fontanes decía que “una prensa invisible habría hecho morir al emperador de convulsiones”. Y él no quería tanto a Inglaterra sino a causa de la licencia extrema de sus periódicos.

Napoleón temía mucho la libertad en cualquier punto de la tierra y en cualquier clase social que pudiera

existir, y ciertamente eso era necesario para pensar un instante que las libertades aristocráticas de Inglaterra pudieran ser contagiosas para los pueblos y para impedir en Francia la lectura de los diarios ingleses.

“Los reyes me echarán de menos”, dijo Napoleón en Santa Elena. ¡Esta frase retrata al hombre entero! Ella encierra toda su vida política, y se verá reproducirse constantemente este mismo pensamiento. He ahí palabras que no necesitan comentario. Pero las citas son superfluas, los actos de su vida están al alcance de todos, estos hechos se encadenan, no hay nadie que tienda a reprimir toda resistencia, a establecer la obediencia pasiva; si se busca en los anales de la policía, se verá que esta vasta red, que alcanzaba todos los puntos, que incluía a todo el mundo, no bastaba al inventor: él quería conocer, además el pensamiento cuya expresión cautivaba, espiar la idea libre para ahogarla antes que ella crezca; el espionaje estaba en todas partes: en la administración, en el ejército, en la Iglesia, en la enseñanza, y también en el extranjero. Nada prueba mejor la agitación que encerraba el alma del emperador y la conciencia que tenía de su impotencia en abatir el fenómeno revolucionario que este inmenso espionaje.

El antagonista de la libertad, aquel que debe retardar la marcha de Europa, se manifiesta en los días del vendimiario, en el general del ejército de Italia, y en el conquistador de Egipto. En todo el curso de su carrera, sus acciones son consecuentes con el objetivo

que se propone, y aquel ser extraordinario, aquella gran personificación del despotismo se revela en Santa Elena. De las rocas donde está encadenado se escapan aquellas palabras proféticas: “Los reyes me echarán de menos”.

Los pueblos emancipados por Francia, a los cuales Napoleón impuso amos, y aquellos a los cuales les había remachado los hierros, irritados por una decepción tan cruel y el corazón lleno de venganza, respondieron a la llamada de los reyes en forma que humillaba la superioridad de un advenedizo. ¡Oh, no fue la derrota de Rusia lo que hizo caer a Napoleón, sino más bien el espíritu de libertad que halló la primera ocasión para sacudir el yugo! Si Napoleón hubiese sido el agente del principio revolucionario, acorralado en los Pirineos, habría rechazado las armas reales hasta más allá del Boristene. La batalla de Waterloo, hasta hoy día tan mal comprendida por aquellos que la han perdido y por los que la han ganado, fue, según mi opinión, el segundo triunfo de la libertad.

Después de la batalla de Waterloo, Luis XVIII, que tenía buen juicio, comprendió perfectamente que no tenía otra fuerza a su disposición que las tropas aliadas, y que no podía fundar su gobierno sino con el apoyo de una fracción considerable de la nación; desde entonces, las luchas del pensamiento pudieron producirse y el reinado de la opinión fue asegurado. La victoria de Waterloo es esencialmente el triunfo de la libertad; así las naciones del Norte la comprendieron; los pequeños

reyes de Alemania se horrorizaron en tal forma con las esperanzas que hizo nacer que se apresuraron en conceder constituciones a sus pueblos; y el congreso de Viena, en su prudencia, confirió a la dieta de una alta jurisdicción sobre sus gobiernos. Más tarde, Austria, Rusia y Prusia formaron una liga impía, a fin de ahogar toda tentativa de emancipación.

Napoleón, el 20 de marzo de 1815, evocó los recuerdos de la gloria nacional. Las palabras de libertad expiraron en sus labios; sentía que la opinión no podía creer en él. Después de la paz de Amiens, había restablecido la esclavitud en Guadalupe; en Cayena, e intentado, con una expedición considerable, entregar de nuevo a los negros de Santo Domingo a la servidumbre. ¡En los cien días, abolió el tratado para establecer su corte en Inglaterra, y restableció la censura y confiscación, convocando a los representantes de la nación!

Si hubiese vencido..., pero no podía ser, porque Dios no puede engañarse. Evidentemente, era el último acto de su papel; el despotismo no podía triunfar sin desmentir los acontecimientos que habían conducido a la caída.

Entre tanto, después de Waterloo, habiendo sido negada la libertad en Italia y en Alemania, las sociedades secretas no encontraron otro medio de llegar a su objetivo que por la “unidad nacional” de sus respectivos países. Tomaron los nombres de “joven Italia” y “joven Alemania”. Por entonces los recuerdos del Imperio

las alejaban de Francia, pero esos recuerdos se borraron antes de julio de 1830. Las tentativas hechas en Italia para obtener derechos políticos, los esfuerzos igualmente infructuosos de Alemania, la desastrosa lucha de Polonia, todo vino a demostrar que la libertad no puede existir sino por la “unión de pueblos” y que a ese respecto debe imitar al despotismo y proceder por la alianza verdaderamente santa. Aquella verdad fue universalmente sentida en el norte como en el mediodía y las sociedades secretas tomaron el nombre unitario de la “joven Europa”. Sus esperanzas se realizaron; tengo por testimonio de mi fe tres grandes hechos, nacidos del mismo principio, dirigiéndose al mismo objetivo: la toma de la Bastilla, Waterloo, las tres jornadas de julio. La opinión que adelanto acerca de Waterloo parecerá tal vez extraña; sin embargo no soy la única en tenerla, pero es por falta de espacio que no puedo darle todo el desarrollo que requiere.

Si yo hubiese tenido la ocasión de hablar al señor Napoleón Luis Bonaparte no le habría dado ni el nombre “alteza” ni de “monseñor”, ni tampoco le habría llamado “gran sobrino del gran hombre”. ¡Es lastimoso querer representar un papel para el cual no se es propio y es estúpido obstinarse en ser “príncipe” a despecho del destino!

Capítulo 5. Los cartistas

Cualesquiera que sean todavía, en las islas Británicas el imperio del fanatismo y de la hipocresía que impone las creencias religiosas ellas no tienen sino una influencia secundaria en la formación de los partidos. Cada uno está sujeto a su secta como a la libertad de sus opiniones y no quiere estar obligado a pagar a los curas en los cuales no cree; pero los odios religiosos se extinguen a pesar de todo lo que se hace para avivarlos, y es principalmente en los intereses materiales donde ese deben buscar las motivaciones de los partidos.

No hay ninguno de mis lectores que no haya escuchado hablar de los *whigs* y *torys*, de los “reformistas” y de los “conservadores”, de los “radicales” y de los “cartistas”. Hay una guerra intestina entre todas esas facciones; pero la gran lucha, aquella que está llamada a transformar la organización social, es la lucha entablada, de un lado, entre los propietarios y capitalistas que reúnen todo, riqueza, poder político y en provecho de los cuales el país es gobernado, y, de otro lado, los obreros de las ciudades y de los campos que no tienen nada, ni tierra ni capitales, ni poderes políticos, quienes pagan las dos terceras partes de impuestos, y quienes son los reclutas del ejército y de la flota, y a quienes los ricos

matan de hambre, según su conveniencia, a fin de hacerles trabajar para un mejor mercado.

Las tierras de los tres reinos se encuentran repartidas entre un número pequeño de familias, por efecto de las leyes feudales que rigen la transmisión. Las grandes haciendas han prevalecido, las praderas han sido sustituidas por tierras laborables y las comunales han sido repartidas exclusivamente entre los propietarios. La consecuencia necesaria de todo ello ha sido la miseria más profunda para el proletariado de los campos; y como la administración, la policía, la justicia civil y criminal son ejercidas por los propietarios, resulta que el proletario ha descendido ni más ni menos a ser esclavo del propietario, esclavo tan desgraciado que sus amos no dejan jamás morir de hambre, ni dejan perecer en las prisiones por haber matado una liebre o una perdiz.

La división del trabajo llevado a su más extremado límite, la mecánica reemplazando todos los procedimientos de los oficios, la fuerza motriz del más alto poder, que se encuentra siempre a disposición del capitalista, son en el proceso de producción tres grandes revoluciones que serán muy importantes en la organización política de los pueblos. La pequeña industria desaparece gradualmente: no hay casi ningún objeto para el uso del hombre que no sea hecho por las máquinas en las grandes manufacturas, y el trabajo que ellas dejan hacer al obrero exige tan poca habilidad que el primer llegado es útil para cualquier casa.

En un primer momento, los obreros aprovechan de esos progresos industriales; la perfección de la obra y su mercado barato acrecientan el número de consumidores y los salarios aumentan. Pero a la postre cuando la competencia continental comienza a desarrollarse, el manufacturero inglés entabla la lucha contra ella con los inmensos capitales que ha ganado: amontona las mercancías en las tiendas, en las factorías inglesas repartidas sobre la superficie del globo, y, sucesivamente, reduce los salarios del obrero.

En este estado de cosas el obrero inglés se encuentra enteramente al arbitrio del capitalista fabricante; éste puede por largo tiempo satisfacer la demanda sin cambiar la ley del obrero. El beneficio de la fabricación es así enteramente para el fabricante, y el obrero no obtiene sino para el pan por sus catorce horas de trabajo.

Los radicales piden la abolición de las leyes sobre los cereales; pero los obreros reclaman solamente el sufragio universal, porque saben muy bien que interviniendo en la confección de las leyes obtendrían pronto la abolición de los derechos que afectan a los cereales y toda especie de provisiones, así como la facultad de asociarse para luchar contra los capitalistas.

La asociación más formidable hasta ahora en los tres reinos es la de los artistas. Veo con pena que sea por el fanatismo religioso o sea para conservar su dictadura sin compartirla. O'Connel impide a los obreros irlandeses fraternizar con sus hermanos de Inglaterra;

mientras tanto el sufrimiento proviene de las mismas causas, la opresión pesa igualmente para todos, sea que los proletarios soporten el yugo de la aristocracia inglesa o irlandesa, sea que paguen centavos a los protegidos de la una o de la otra, sea que tejan telas de algodón o de lino; en una palabra, todo hombre que no está comprendido en la ley electoral debe ser “cartista”, pues es juzgado sin ser escuchado, sin abogado para defender su causa. Aquella liga debe ser por lo tanto, un día, la liga de veinte millones de habitantes contra todos los privilegios de los tres reinos. La asociación lleva a todas partes sus inmensas ramificaciones: en cada centro manufacturero, fábrica, taller se encuentra obreros cartistas; en los campos, los habitantes de las chozas forman parte también y aquella santa alianza del pueblo que tiene fe en su porvenir se cimienta y se acrecienta cada día más. Los gastos son cubiertos por medio de cotizaciones mensuales. Todos los movimientos parten de un centro y jamás organización humana ha sido tan fuerte.

Aunque esta liga adquiriera una gran potencia de acción por la regularidad de su organización, su fuerza está en la unidad del objetivo. Todos quieren sin ninguna excepción la supresión de los privilegios aristocráticos, religiosos o mercantiles; todos quieren la igualdad de impuestos, de derechos civiles y políticos; todos saben que para llegar a ese objetivo es necesario destruir a una aristocracia tiránica que usa el poder usurpado únicamente en su interés particular, que es preciso arran-

carle el poder a fin de redimir a aquellos que ella oprime y que tiene para ellos la fuerza y la inteligencia.

Ninguna medida a medias podrá satisfacer a los car-
tistas. No tendrán jamás confianza en un partido cuyo
objeto sería transferir a los mercaderes los privilegios de
la aristocracia, porque no verían sino el empeoramiento
de la opresión en una similar extensión de privilegios.
Los trabajadores como los mercaderes, banqueros y
negociantes, así como los propietarios en su riqueza a
otros; los trabajadores que han conducido tan alto la
fortuna de Inglaterra son los parias de la sociedad ingle-
sa. Jamás se ocupan de ellos en el parlamento a menos
que sea para proponer leyes que traban su libertad. Es
por lo tanto una convicción muy arraigada en ellos que
toda medida que no tenga la igualdad de derechos polí-
ticos por base no será una nueva decepción.

Bajo el imperio del sufragio universal, ¿se confesa-
rá la intención de llevar el precio del pan hasta matar de
hambre a los obreros? ¿Existirán prohibiciones contra
la importación de casi toda clase de subsistencias? ¿Los
objetos que consume el pobre serán gravados tres ve-
ces más que aquellos destinados a los ricos? Si todos
pudieran elegir sus representantes, ¿se vería una admi-
nistración tan odiosa de la justicia? ¿Se vería al hijo del
lord condenado a multas insignificantes por ultraje fren-
te a las mujeres o por haber golpeado a los subalternos
hasta el punto de poner su vida en peligro, mientras que
el plebeyo indigente es castigado sin misericordia por

faltas ligeras y no teniendo capacidad de pagar fianza, languidece en prisión mientras que su familia muere de hambre? ¿Serían multas fijadas de tal manera que el mínimo fuera igual a los salarios que puede ganar un obrero en varias semanas y el máximo la mitad del gasto cotidiano de un hombre rico? ¿Existirían más detenidos por contravención de las leyes sobre la caza que por todos los delitos y crímenes reunidos? ¿Meterían las patrullas en el campo para librar combates contra los cazadores furtivos y vengar la muerte de algunos faisanes? ¿Habría decidido la justicia del rey que, en el caso de la clausura o la usurpación de bienes de los comunales, sólo los propietarios tengan derecho a una indemnización y que los pobres que han construido las chozas sobre los campos puedan sin compensación ser arrojados con la vaca y el cerdo que han criado?

Si el pueblo que alimenta el reclutamiento de la flota y del ejército estuviera representado en el parlamento, ¿se continuaría la práctica de tratar a soldados y marinos a golpe de fuste, a vender los grados del ejército, a usar la violencia para hacer entrar al marino al servicio del Estado, a fin de no pagarle sino un salario inferior a aquel que pudieran ganar y durante los largos años que se pasan entre la *presse* y el hospital de Greenwich, el marino no debería jamás esperar de elevarse aunque fuera al grado de *midshipman* (aspirante)?

Por el aspecto de los movimientos de las clases obreras, la aristocracia ha tocado la alarma y ha atribuido

a las masas populares intenciones de expoliación. Los obreros quieren llegar al reino de la justicia y deben consecuentemente ser los expoliadores para aquellos que se enriquecen con los privilegios: es a esos malévolos clamores que es preciso atribuir las repugnancias y los terrores verdaderos o falsos que inspiran. Los obreros que toman parte activa en la marcha de la asociación son todos la élite de su clase. Los jefes son hombres instruidos plenos de celo y amor por sus semejantes. Los obreros no persiguen ni ley agraria, ni impuestos sobre las máquinas ni mínimo de salarios. Piensan que son oprimidos por los impuestos sobre las subsistencias y por los capitalistas. No quieren ser más reducidos a sufrir la ley de aquellos que los emplean. Quieren trabajar por su propia cuenta y que la ley no se oponga más a que los obreros se organicen en sociedad. Quisieran que en la fabricación se actuara como aquellos marinos italianos y griegos que navegan “al partir” y reemplazan así en el Mediterráneo la marina mercante de las otras naciones. Sus pretensiones que se ha buscado miserablemente de incriminar están evidentemente fundadas sobre aquella equidad cuya huella divina está en nuestras almas. Una asociación de obreros bien administrada que explotara una industria cualquiera debiera obtener más crédito que un taller individual de igual importancia; porque en el primer caso los riesgos de fabricación son corridos por todos los miembros de la asociación, mien-

tras que, en la explotación individual, una o dos personas asumen todos los riesgos.

Los señores de la industria han juzgado bien la trascendencia de tales ideas y han calumniado a los obreros que hacen notar la intención de reunirse para hacerles competencia; sin embargo hay honorables excepciones. Muchos manufactureros son lo bastante instruidos para sentir que la causa de los obreros es la suya, y que habrían las mismas ventajas para los propietarios de las fábricas, así como para los obreros de formar sociedades en participación.

En petición nacional de 14 de junio de 1839, dirigida al parlamento, se ha reclamado el sufragio universal, como el único medio para preservar a la nación del “egoísmo” inseparable de toda aristocracia, por extendida que sea, y a beneficio de la industria y los trabajadores.

En cuanto a los *whigs*, están en el siglo de Luis XIV: vean la importancia que le atribuyen a tal familia real antes que otra gobierne un país. Parecen suponer que la opinión reinante en Europa la conocen por sus reyes y que ellos pueden obtener cualquier cosa sin el asentimiento de sus pueblos. ¡Pobre gente que no ve borrarse los prejuicios nacionales, unirse los pueblos todos los días de la manera más íntima y el interés de las masas dominar todas las cuestiones sobre el continente tanto más que en Inglaterra y que no ven en lo más mínimo que una guerra que no sea popular no podría obtener

éxito en ningún país de Europa y que perdería para siempre la aristocracia que la hubiese provocado!

Por haber leído a menudo en el periódico de los cartistas y haber oído hablar de eso de maneras tan diversas, tenía interés en conocerlos. Los *torys* me los presentaban como atroces, malvados, y los *whigs*, con su fatuidad ordinaria trataban a los cartistas de impúdicos insignes y en fin los radicales de los cuales son la esperanza, me hablaban de ellos como de los salvadores de la Patria. Todos aquellos juicios contradictorios me hicieron experimentar el más vivo deseo de ver a los jefes de ese gran movimiento popular y de asistir a una sesión del comité director. Yo no tenía ninguna confianza en los testimonios apasionados de los partidos y quería formar mi opinión sobre los cartistas a juicio mío, ver si eran realmente monstruos sedientos de sangre, locos perdiendo la causa del pueblo o genios enviados por Dios para liberar a Inglaterra de la esclavitud. Uno de mis amigos, íntimamente ligado a dos de los cabecillas vino a recogerme y nos trasladamos a Fleet-street, a la sala donde la convención nacional tenía sus reuniones. La entrada ha sido, sin ninguna duda, frecuentemente objeto de la burla de los *torys* de la noble cámara; ¡tienen tanto espíritu! No es efectivamente muy pomposa, en uno de sus pequeños pasajes sucios y estrechos de Fleet-street, está un cabaret de mezquina apariencia. En el cabaret un mozo viene a preguntar si uno desea cerveza, y de mostrar interés nos conduce

por una trastienda, un pequeño patio y un largo corredor a la sala de reuniones; pero ¿qué importa el lugar? Era también así en las criptas, en las cuevas y cavernas que los primeros apóstoles reunían a los cristianos y sus palabras eran más fuertes que la fuerza de los Césares, porque la fe los animaba y sobre la cruz de madera que tenían en sus manos estaba escrita la palabra “redención”.

Mi amigo hizo preguntar por los señores O’Brien y O’Connor, vienen aquellos señores y yo les soy presentada y me introducen en la sala donde ninguna persona es admitida sino sólo después de haber sido presentada por dos miembros. Todas estas prudentes precauciones no impiden que los espías se deslicen al seno de la asamblea.

En un principio, fui impresionada por la expresión de sus fisonomías. No había visto todavía en las reuniones inglesas sino figuras de una fatigante uniformidad sin carácter que los hiciera ser recordados y como vaciados en el mismo molde. Ahí se encontraban alrededor de treinta a cuarenta miembros de la convención nacional y más o menos el mismo número de espectadores simpatizantes. Estos últimos eran de la clase obrera casi todos jóvenes; noté cuatro o cinco obreros franceses y dos mujeres del pueblo. No había ni interrupciones ni cuchicheos, ni charlas particulares como en la cámara de “sus señorías”. Cada uno prestaba una atención sostenida, seguía el debate con interés, el orador introducía a veces, según el hábito inglés, chistes bufonescos que provocaban la risa. O’Connor habla

con fuego, energía; es brillante, anima, atrae. O'Brien se hace notar por la precisión de su razonamiento, su lucidez, su sangre fría y su conocimiento profundo de los acontecimientos pasados. El doctor Taylor es entusiasta, fogoso, es el Mirabeau de los cartistas. Aquellos tres hombres, con Lovett, pueden ser considerados como los jefes actuales del pueblo. Pero inmediatamente después de ellos existen otros puestos ocupados por hombres de mucho mérito. Distinguí en esa reunión a tres jóvenes entre los cuales el mayor tenía apenas veintiséis años; uno entre ellos, el doctor Stephens, tiene un rostro encantador, todo en él anuncia al ser entregado al estudio por gusto y agotándose a fuerza de trabajo; firme en sus opiniones, las predica y las defiende con la energía del hombre convencido de la importancia de hacerlas triunfar. Se expresa con una extrema facilidad, su réplica es pronta, capta el menor matiz con una rara inteligencia; ese joven tiene por delante un destino brillante, porque Dios lo ha dotado de todos los talentos necesarios para el apostolado popular. Palmer, lo hago notar enseguida, es nacido en las filas del pueblo. Su alta estatura anuncia la fuerza; es bien proporcionado, su aspecto tiene al de fiero y aun de amenazante. Su cabeza es notablemente bella, es el bello tipo irlandés. De rasgos finos, regulares, una masa de cabellos negros, la piel un poco morena, ojos azul oscuro lanzando llamas, una boca y un mentón donde se pinta la energía de las pasiones; tal es el joven. Su expresión es tan marcial,

tan determinada, yo diría incluso tan terrible, que no puede mirársele sin pensar en la lucha.

Se ve que este hijo de la desgraciada Irlanda siente su dignidad de hombre y su ánimo se subleva contra el yugo. ¡Oh, este joven, yo respondo, jugará un gran papel en la revolución popular, si la Providencia permite que tenga lugar de aquí a diez años! Su brazo es firme y su odio implacable perseguirá a los señores como Mario perseguía a los senadores romanos. La educación no ha pulido las formas de su lenguaje; sin embargo, he tenido la ocasión de constatar en esta misma sesión la impresión que hacían las palabras que desbordaban de su corazón y hasta qué punto se llevaba la deferencia por su opinión. Se entabló entre O'Connor y un viejo abogado disputador una discusión bastante pueril. Varios miembros habían intentado hacer volver al viejo charlatán de la tinterillada al sentido común, pero en vano, porque éste, adiestrado por una larga práctica a sostener el “pro” y el “contra”, a probar largamente lo incontestable, a deslizarse ligeramente sobre aquello que está indeciso, a abordar alternativamente todos los aspectos de la cuestión, no se detenía y lapidaba a todo el mundo bajo el chaparrón de sus palabras.

Salí muy edificada de esta asamblea, muy satisfecha; había visto predominar el buen orden en las deliberaciones y auguraba favorablemente los talentos de la sinceridad y del sacrificio, en los jefes que Dios ha hecho salir del pueblo.

Capítulo 6. Una visita a las Cámaras del Parlamento

En Francia, las libertades existen en las costumbres desde tiempo antes de introducirse en las leyes. Napoleón y la Restauración han abolido en vano leyes que habían comenzado la liberación de la mujer. Esta tiranía ha despertado resistencia por todas partes. La mujer prueba que su inteligencia marcha a la par de la del hombre y la opinión se esclarece. En Inglaterra el desarrollo intelectual no tiene capacidad para influir en la esfera de la libertad. La libertad jamás ha podido dar un paso si no está apoyada sobre la rebelión. Mientras que las mujeres autoras iluminan el horizonte británico con vivas luces, no solamente las leyes y los prejuicios hacen pensar sobre las mujeres atroz esclavitud, sino que todavía la Cámara de los Comunes, que pretende representar a la nación “entera”, aunque sea realmente de manera ficticia, esta asamblea que recibe de rodillas las órdenes de una mujer, apoya la inconsecuencia hasta prohibir a las mujeres de asistir a sus sesiones.

Así, en ese país tan libre, si es necesario añadir algún valor a las habladurías parlamentarias y a las frases de los periodistas, en este país que se dice libre, la mitad de la nación no está solamente privada de derechos civiles y políticos, sino que además en diversas circunstancias

es tratada de esclava. La mujer puede ser “vendida” en el mercado y la asamblea legislativa le “niega la entrada” en su seno. ¡Oh vergüenza, vergüenza sobre una sociedad que persiste en aquellos usos bárbaros! ¿No es verdaderamente de un orgullo ridículo esta sociedad inglesa que pretende imponer por todas partes sus principios de libertad? ¿Hay así otro país más sojuzgado que Inglaterra? ¿No es el siervo ruso más feliz que el campesino irlandés y el esclavo de las manufacturas? ¿En qué lugar de la tierra la mujer no tiene más libertad que en las Islas Británicas?

La prohibición de asistir a las sesiones de los honorables provocó en mí el deseo de entrar. Veía frecuentemente a un miembro del parlamento del partido *tory*, que en lo restante era razonable. Había viajado mucho y se jactaba de estar exento de prejuicios. Tuve la simpleza de creer que su conducta se ceñía a sus palabras. Le propuse, como cosa muy natural, que me prestara un traje de hombre y que me llevara con él a la sesión. ¡Mi proposición hizo sobre él el efecto que hacía, en otro tiempo, el agua bendita sobre el demonio! ¡Prestar los vestidos de hombre a una mujer, para introducirla en el santuario del poder masculino! ¡Oh, pero qué abominable escándalo, qué desvergüenza, qué horrible blasfemia! Mi amigo el *tory* se puso pálido de horror, rojo de indignación, tomó su bastón y su sombrero, se levantó sin mirarme y me declaró que no podía continuar viéndome; sus últimas palabras fueron: “Desgracia

para aquél que escandaliza!”. Yo le respondí con el versículo siguiente: “Desgracia para aquél que se deje escandalizar”.

Este incidente me reveló la omnipotencia de los prejuicios en Inglaterra; sin embargo, yo reconocí que los corifeos no son inocentes, que hay siempre hipocresía y que las clases altas no se imponen el yugo sino para que los prejuicios sean así como los dogmas religiosos, instrumentos de dominio; la sumisión ciega a lo que aquellos exigen es la máscara actual de la aristocracia. Se goza asimismo, entre ella, de una alta estimación cuando se saca a la luz cualquier uso feudal de la Edad Media, cuyas crónicas polvorientas conservan sólo el recuerdo.

Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere. Este proverbio se escucha tan frecuentemente, que se podría prever la emancipación futura de la mujer. Mi resolución no fue en nada revocada. Los obstáculos no son para mí sino un desafío y, por el contrario, aumentan mi perseverancia. Me di cuenta de que no debía recurrir más a un integrante del parlamento, fuera cual fuera su color, ni tampoco a un inglés. Me dirigí sucesivamente a varios de los señores agregados a las embajadas francesa, española y alemana. Encontré por todas partes negativa, no por la razón que me había alegado el *tory*, sino por el miedo de comprometerse a faltar a las órdenes recibidas. En fin, cosa extraña, encontré a un turco, personaje eminente, venido a Londres en misión, quien no sólo

aprobó mi proyecto sino que me facilitó su ejecución. Me ofreció un vestido completo, su permiso para entrar, su carro y su amable compañía; ¡con qué reconocimiento acepté sus ofrecimientos!

Escogimos el día, y me presenté a su casa con un francés de confianza y me vestí con un rico traje turco. Esos vestidos eran muy anchos y largos para mí y lucía mal con ellos, pero quien quiere el fin debe aceptar los medios.

Londres y sus edificios están tan bien iluminados que se ve mejor por la noche que durante el día. Descendí del coche en la puerta de la Cámara de los Comunes. Nuestro traje llama la atención sobre nosotros, todos nos miran, nos siguen, y yo escucho murmurar alrededor de mí: “El joven turco parece ser una mujer”. Como en Inglaterra todo es formalidad minuciosa, el ujier solicita al verdadero turco su permiso de admisión, lo toma para mostrárselo a no sé quién y nos hace esperar más de diez minutos. Nos habíamos quedado allá en medio de una triple fila de curiosos, hombres y mujeres, que venían a esta última antecámara para gozar del interesante espectáculo de ver pasar a sus representantes, cuando dos o tres damas fijaron su mirada sobre mí y repitieron bastante alto: “Hay una mujer en traje turco”.

Mi corazón latía fuerte y a pesar de mis esfuerzos me ponía roja; sufría yo un suplicio durante aquella larga espera, y temía que el rumor público me impidiera

entrar. Sin embargo mi continente se imponía, gobernaba mi agitación y mi apariencia era calmada, porque tal es la influencia del traje, que poniendo sobre mi cabeza el bonete turco había tomado aquella gravedad seria, habitual de los musulmanes.

Finalmente regresó el ujier anunciándonos que podíamos entrar.

Rápidamente, corrimos a la pequeña escalera de la izquierda y tomamos lugar en el último banco, a fin de no tener ninguna persona detrás de nosotros. Pero nuestros vestidos se convertían en objeto de atención y pronto el rumor corrió por toda la sala de que había una mujer disfrazada. Aprendí, esa noche, a conocer a los hombres de la alta sociedad inglesa, más de lo que había logrado durante diez años de residencia en Londres, en una posición ordinaria. No sabría explicar hasta qué punto ellos aplicaron sobre mí su falta de cortesía, su grosería y aun incluso su brutalidad.

Como fuera que el turco y yo mostramos, en apariencia, el continente calmado de los verdaderos otomanos, era fácil de adivinar toda la molestia y la inquietud que nuestra posición debía darnos. Y bien, sin ningún miramiento por mi calidad de mujer y de extranjera, y por mi disfraz, todos aquellos *gentlemen* me miraban de reojo, hablaban de mí entre ellos y en voz alta, venían delante de mí y me miraban de frente sobre la nariz, después se detenían detrás de nosotros en la pequeña escalera y se expresaban en voz alta, a fin que pudiéramos enten-

derlos y decían en francés: “¿Por qué esta mujer se ha introducido en la Cámara, qué interés puede tener ella de asistir a esta sesión? Debe ser una francesa, ellas están habituadas a no respetar nada, pero en verdad es indecente, el ujier debería hacerla salir”. Después se iban a hablar a los ujieres y aquéllos me miraban, otros corrían a decírselo a los miembros de la Cámara, quienes dejaban sus asientos para venir a verme; yo estaba sobre espinas, ¡qué falta de decencia y de hospitalidad! Pero dejo aquí los recuerdos penosos para hablar de la Cámara.

El aspecto de la sala es lo que hay de más mezquino, de más burgués, de más comercial. Forma un rectángulo largo, es pequeña y muy incómoda. El cielo raso es bajo. Las galerías superiores avanzan y ocultan en parte los lados bajos. Los bancos son de madera pintados color nogal. Esta sala no tiene en lo menor el carácter que anuncia su objetivo, se parece a lo que podría servir de capilla en una aldea y no estaría mal para una reunión de vendedores de especerías. No tiene dignidad, ni en la arquitectura, ni en el decorado. La iluminación a gas es de un gran despliegue y es la única cosa de la cual se puede hacer elogios.

Los honorables se extienden sobre los bancos como hombres fatigados y aburridos. Muchos se acuestan enteramente y “duermen”. Aquella sociedad inglesa que se martiriza siempre por la estricta observación de las reglas de la etiqueta, que atribuye tan alta importancia al aseo, a la pulcritud y el orden; aquellos ingleses que se

ofenden por el más pequeño olvido, por la menor negligencia, muestran en la Cámara un desprecio completo por todas las atenciones que los usos de la sociedad imponen. Es de buen tono parlamentario presentarse a la sesión, con el lodo pegado a la ropa, el paraguas bajo el brazo, en vestido de mañana. De llegar a caballo, entrar a la asamblea con espuelas, las riendas en la mano y el vestido de caza.

Los seres insignificantes, tan numerosos en las Cámaras británicas, esperan así hacer creer en sus grandes ocupaciones o elegantes entretenimientos. Aunque yo presumo que ninguno de estos señores se permite visitar a sus colegas manteniendo el sombrero sobre la cabeza, todos en la asamblea llevan el sombrero sobrepuesto. En verdad, no exigen más cortesía de los demás que la que tienen para con ellos mismos. Nadie en las tribunas se quita el sombrero.

El orador del pueblo no se distingue de ninguna manera del hombre del pueblo por lo exterior y ésta puede ser una de las causas de la potencia del poder que él ejerce, porque, en esta sociedad corrompida, la elegancia de los ademanes hace sospechosa la pureza del alma, la verdad de las palabras. Cuando toma la defensa del pueblo, o habla en nombre de su fe religiosa, es arrebatador, sublime, hace temblar al opresor, su fealdad desaparece, y su fisonomía impresiona junto con sus palabras. Sus pequeños ojos lanzan rayos, su voz es animada, clara, sonora; sus palabras son bien acentuadas,

van al alma y hacen nacer las más violentas, así como las más dulces emociones. En el “mitin” provoca a la vez lágrimas, cólera, entusiasmo y rebelión. No conozco nada tan milagroso como este hombre, y si la reina Victoria se apoyara sobre un auxiliar tan poderoso, ella lograría en pocos años lo que Luis XI no pudo lograr en todo su reinado, y su pueblo liberado la bendeciría.

Pasamos a la Cámara de los Lords. Allí también adivinaron mi sexo; pero las maneras de esos señores eran bastante diferentes a aquellas a las cuales yo había sido expuesta en la Cámara de los delegados del comercio y de las finanzas; se me miraba de “lejos”, murmuraban sonriendo; pero no escuché ningún despropósito inconveniente o descortés. Me di cuenta de que me encontraba en presencia de “verdaderos *gentlemen*”, indulgentes con el capricho de las damas y haciendo un asunto de honor el respetarlas. La nobleza inglesa, tan altanera como es, tiene una urbanidad de maneras, una cortesía que se buscaría en vano entre los señores de las finanzas o entre cualquier otra clase de gente.

Capítulo 7. Los obreros de las fábricas

La esclavitud se muestra al principio de todas las sociedades. Los males que produce la convierten en transitoria, y su duración está en razón inversa de su rigor. Si nuestros padres no hubiesen tenido más humanidad por sus siervos que los fabricantes de Inglaterra tienen por sus obreros, la servidumbre no habría durado toda la Edad Media. Quiero solamente probar, por ese hecho, que la ley inglesa es más dura para el proletario que la “voluntad arbitraria” del amo francés frente a su negro. El esclavo de la propiedad inglesa tiene, para ganar su pan y pagar los impuestos que se le impone, una tarea infinitamente más pesada.

La división del trabajo llevada a su límite extremo y que ha hecho progresos tan inmensos en la fabricación ha aniquilado la inteligencia para reducir al hombre a no ser sino un engranaje de máquinas. Si todavía el obrero estuviese preparado a ejecutar las diversas partes de una o varias fabricaciones, gozaría de más independencia. La codicia del amo tendría menos medios de torturarlo; sus órganos conservarían suficiente energía para triunfar en una ocupación que no ejercería tan solo algunas horas.

Si el obrero pudiera trabajar en diversas partes de la fabricación, no sería oprimido por su nulidad, por la perpetua inactividad de su inteligencia. Repitiendo todo el día las mismas cosas, los licores fuertes no se convertirían para él en un deseo para hacerle salir del atontamiento en el cual la monotonía de su trabajo lo mantiene, y la ebriedad no constituiría el colmo de su miseria.

Es preciso haber visitado las ciudades manufactureras, visto al obrero de Birmingham, Manchester, Glasgow, Sheffield y el Staffordshire, etcétera, para hacerse una idea justa de los sufrimientos físicos y la destrucción moral de esta clase de la población. Es imposible juzgar la suerte del obrero inglés por la del obrero francés. En Inglaterra, la vida es la mitad más cara en costo que en Francia y desde 1825 los salarios han sufrido una baja tal que casi siempre el obrero es obligado a reclamar el auxilio de la parroquia para hacer vivir a su familia; y como las parroquias son agobiadas por la cantidad de auxilio que ellas acuerdan, ellas fijan la cuota relativamente a los salarios y el número de niños del obrero; y no en razón del precio del pan, sino de acuerdo con el precio de la papa. Para el proletario inglés, el pan es un alimento de lujo. Los obreros de élites, fuera por sus salarios, de los auxilios de su parroquia, no gozan de una mejor suerte. La media de los salarios que ganan no se eleva más, se me ha asegurado, más allá de tres francos setenta y cinco a cinco francos por día, y la media de su familia es de cuatro niños. Comparando los dos datos

con los precios de las subsistencias en Inglaterra, se hará fácilmente una idea de su penuria.

La mayor parte de los obreros carecen de vestidos, de cama, de muebles, de fuego, de alimentos sanos, ¡y a menudo incluso de papas! Son encerrados doce a catorce horas por día en salas bajas, donde se aspira con un aire viciado, las hebras de algodón, de lana, de lino; las partículas de cobre, de plomo, de fierro..., y pasan frecuentemente de una alimentación insuficiente al exceso de la bebida. Casi todos aquellos infelices son endebles, raquíticos, lacerados; tienen el cuerpo flaco, hundido, los miembros débiles, el semblante pálido, los ojos muertos; se les creería a todos afectados del pecho. La esclavitud no es a mis ojos el más grande de los infortunios humanos desde que conozco al proletariado inglés. El esclavo está seguro de su pan para toda su vida y de cuidados, cuando cae enfermo, mientras que no existe ningún vínculo entre el obrero y el amo inglés. Si no tienen obra por entregar, el obrero muere de hambre; si está enfermo sucumbe sobre la paja de su pobre lecho, a menos que cerca ya de morir sea recibido en un hospital: porque es un favor el ser admitido ahí. Si envejece, si como consecuencia de un accidente es estropeado, se le regresa y mendiga a escondidas por miedo de ser detenido. Esta posición es tan horrible que, para soportarla, es preciso suponer en el obrero un coraje sobrehumano o una apatía completa.

El poder de las máquinas, su aplicación a todo, asombran y remueven la imaginación de estupor. La ciencia humana, incorporada en miles de formas, reemplaza las funciones de la inteligencia; con las máquinas y la división del trabajo, no hay necesidad sino de motores: el razonamiento, la reflexión, son inútiles.

He visto una máquina a vapor de fuerza de 500 caballos. Nada más terriblemente imponente que la visión del movimiento impreso a esas masas de hierro cuyas proporciones colosales espantan la imaginación y parecen superar el poder del hombre. Este motor de fuerza hiperbólica está colocado en un amplio local, donde hace funcionar un número considerable de máquinas que trabajan el fierro y la madera. Aquellas enormes barras de fierro pulido, que se elevan y bajan cuarenta o cincuenta veces por minuto e imprimen un movimiento que va y viene de la lengua del monstruo que parece aspirar todo para devorar todo, los terribles gemidos que despide, las rápidas revoluciones de la inmensa rueda que sale del abismo para entrar de nuevo, no dejando jamás ver sino la mitad de su circunferencia, deslizan en el alma un sentimiento de terror. En presencia del monstruo no se ve sino a él, no se escucha sino su respiración.

Si en un principio sentí la humillación de ver al hombre aniquilado, no funcionando más él mismo como una máquina, pronto el inmenso mejoramiento que saldrá un día de estos descubrimientos de la ciencia: la fuerza bruta aniquilada, el trabajo material ejecutado en

menos tiempo y más descanso dejado al hombre para el cultivo de su inteligencia. Pero para que esos grandes hechos se realicen es necesario una revolución social. Ella llegará, porque Dios no ha revelado a los hombres estas admirables invenciones para reducirlas a no ser sino los ilotas de algunos fabricantes y propietarios de tierras.

La cerveza y el gas son en Londres dos grandes ramas de consumo. Fui a visitar a la soberbia cervecería de Barclay-Perkins, que ciertamente vale la pena ser conocida. Este establecimiento es muy espacioso; nada ha sido ahorrado para el material de esta fábrica. Me ha sido imposible enterarme de las cifras de litros de cerveza que fabrica cada año, pero a juzgar por el tamaño de las cubas debe elevarse a una cantidad extraordinaria. En una de estas cubas, la más grande es verdad, Barclay-Perkins dio a una de las altezas reales de la Inglaterra una comida a la cual asistieron más de cincuenta convidados. La altura de esta cuba es de 30 metros. Donde quiera que el vapor pueda actuar, la fuerza del hombre es excluida y lo que más impresiona en esta cervecería es el pequeño número de obreros empleados para hacer trabajos tan inmensos.

Una de las grandes fábricas de gas es la situada en "Horse Ferry road Westminster" (he olvidado el nombre de la sociedad). No se visita esta fábrica sino con tarjeta de admisión. En ese palacio manufacturero hay una abundancia de máquinas de fierro llevado a la pro-

fusión. Todo está hecho de fierro: las veredas, los recantones, las escaleras, ciertos pisos, los techos de los recintos, etcétera. Se reconoce que nada se ha ahorrado para hacer sólidamente los edificios y los utensilios. He visto allí cubas de bronce y de zinc casi tan altas como una casa de cuatro pisos y anchas en proporción. Habría deseado saber cuántos miles de toneladas pueden contener, pero el capataz que me acompañaba fue, en este aspecto, tan reservado como aquel de la cervecería de Barclay-Perkins en lo relacionado a la cifra de los litros de cerveza. Fue de un silencio absoluto. Se exige de ellos un trabajo al cual las fuerzas humanas no pueden resistir. Están desnudos, salvo un pequeño calzón de tela; cuando salen se echan un saco sobre las espaldas.

El aire que se respira en esta fábrica está realmente viciado. A cada instante los vapores insalubres vienen hacia uno. Salí por debajo de un cobertizo, esperando respirar en el patio un aire más puro, pero por todas partes era perseguida por exhalaciones infectas de gas y de los olores de la hulla o la brea.

Debo decir que el local es muy sucio. El patio, lleno de estancadas, de cantidades de basura, atestigua la extremada negligencia en lo que concierne a la limpieza. A la verdad la naturaleza de las materias, de las cuales se obtiene el gas, exigiría un servicio muy activo para mantener la limpieza, pero dos hombres serían suficientes para esta tarea y con este ligero aumento del gasto se sanearía el establecimiento.

Capítulo 8. Mujeres

¡Qué indignante contraste hay en Inglaterra entre la extrema servidumbre de las mujeres y la superioridad intelectual de las mujeres autoras! No existen males, dolores, desorden, injusticia, miserias resultantes de los prejuicios de la sociedad, de sus organizaciones, de sus leyes que hayan escapado a la observación de las mujeres autoras.

Es un fenómeno brillante los escritos de estas inglesas que aclaran el mundo moral con tan vivo resplandor, y sobre todo cuando se considera la educación absurda que ellas han debido sufrir, y la influencia embrutecedora del medio en el cual han vivido.

Es suficiente residir algunos meses en Inglaterra para ser impresionado por la inteligencia y la sensibilidad de las mujeres, además de que son capaces de una atención sostenida y tienen memoria; con estas disposiciones no hay nada de inaccesible en la esfera intelectual.

Ellas son nobles y grandes a su manera, pero todas estas bellas cualidades nativas son ahogadas por un sistema de educación fundado sobre falsos principios y por la atmósfera de hipocresía, prejuicios y vicios que rodean toda su vida.

Mujeres a contrato

La existencia de las inglesas es todo lo que se puede imaginar de más monótono, de más árido y de más triste. Para ellas, el tiempo no tiene medida y los días, los meses y los años no traen ningún cambio a esta agobiante uniformidad.

Las jóvenes son educadas según la posición social de sus padres, pero cualquier rango que deban ocupar está siempre bajo el imperio de los mismos prejuicios con que se dirige la educación.

En este país del despotismo más atroz, y donde ha estado de moda mucho tiempo el alabar la libertad, la mujer está sometida por los prejuicios y la ley a las desigualdades más indignantes.

La mujer no hereda, sino cuando no tiene hermanos; está privada de derechos civiles y políticos, y la ley la sujeta en todo a su marido.

Formada bajo la hipocresía, llevando sobre sí el yugo pesado de la opinión, todo lo que impresiona a sus sentidos al salir de la infancia, todo lo que desarrolla sus facultades, todo lo que ella sufre tiene como resultado inevitable el materializar sus gustos, el entorpecer su alma y el endurecer su corazón.

Los novelistas ingleses, conmovidos con las escenas que veían en el interior de las familias, han soñado otras en las cuales han creado sobre el testimonio de su imaginación. También en tanto que son verdaderas

cuando pintan las ridiculeces del común de los *gentlemen*, los santurrones pretenciosos de la burguesía, las tiranías del padre y del esposo, el insultante orgullo de los superiores, la bajeza de los subalternos, otro tanto se alejan de la realidad en sus lienzos de felicidad doméstica. ¡La felicidad sin la libertad! ¡La felicidad, por lo tanto, jamás ha existido en la sociedad del amo y del esclavo!

He aquí como ocurren las cosas en las familias que gozan de bienestar.

Los niños están confinados al cuarto piso con su nana. La madre los pide cuando quiere verlos y solamente entonces los niños vienen a hacerles una corta visita durante la cual la madre les habla en tono ceremonioso. La pobre niña estando así privada de caricias, sus facultades amantes quedan inertes; ella ignora enteramente la dulzura de la intimidad, de la confianza, del esparcimiento que toda niña naturalmente espera tener de parte de un padre que la quiera. Tiene por su padre, al que apenas conoce, un respeto mezclado de temor y por su hermano una consideración y una deferencia que, desde muy corta edad, se le obliga a mostrarle. El sistema, seguido por la educación de los jóvenes, me parece que tiene por objeto embrutecer al muchacho más inteligente.

La educación inglesa parece mostrar, al contrario, que en el todo no hay nada. No se ocupa sino de imprimir sobre los jóvenes cerebros palabras de todas las

lenguas europeas; en cuanto a las ideas nada cambia. En esta extravagante manía la barbarie iguala a la estupidez. Se da a un niño una nodriza alemana, una institutriz francesa, una ama española, a fin de que aprenda desde la edad de cuatro a cinco años tres o cuatro lenguas. He visto a unas pequeñas criaturas de éstas, cuya suerte era verdaderamente digna de compasión; no podían hacerse comprender por las personas que las rodeaban. Toda travesura, toda gracia en el lenguaje les estaba terminantemente prohibido. Incapaces de comunicarse verbalmente, estaban obligados a hacerse comprender por signos. Este estado hacía nacer, según la naturaleza de las organizaciones, la irritación o la apatía: las unas eran vocingleras, irritables, perversas; las otras, silenciosas y tristes. El niño forzado a sobrecargar su memoria de palabras de tres o cuatro lenguas no adquiere sino una concepción confusa del sentido que las palabras expresan; retiene el oral y deja escapar la idea que representa. La memoria de las palabras se desarrolla fuera de medida, pero la inteligencia necesaria para concebir el pensamiento se destruye.

El conocimiento de las lenguas es, sin duda, necesario para un pueblo cuya codicia invade la tierra entera; pero es preciso antes subordinar toda especie de instrucción al desarrollo de la organización; luego considerar la utilidad del lenguaje que se hace aprender al niño. Es raro, si no imposible que se pueda expresar con pureza y elegancia en tres o cuatro lenguas. Ahora bien,

como las locuciones son irregulares e incorrectamente unidas al acento extranjero chocan en todo país y como las mujeres raramente son llamadas a tener relaciones de asuntos con las naciones extranjeras, pienso que en general existen para ellas cosas más útiles de aprender.

Todo el que aprende es enseñado con el mismo método de las lenguas. Es preciso que la joven aprenda música, aunque tenga o no aptitud para este arte, que dibuje, que dance, etcétera. Resulta de esta educación que las señoritas saben un poco de todo y no tienen en nada un talento con el cual se puedan servir aunque fuera para distraerse. Se encuentran excepciones, pero son raras.

En cuanto a la educación moral, ésta se forma en la Biblia. Este libro encierra buenas cosas. Todo el mundo está de acuerdo; pero qué de impurezas, de historias indecentes, de imágenes obscenas que habría que quitar para poner en manos de la juventud, si se quiere evitar que su imaginación ensucie y que vea la justificación de todas las acciones que la sociedad reprueba: el robo, el asesinato, la prostitución, etc. Porque, digan lo que digan los reverendos, la educación por las escrituras es la más antisocial de las educaciones. Entre las mil y mil contradicciones inglesas aquella no es la menos chocante. Exigir que una joven sea pura, casta, inocente y prescribirle la lectura de un libro donde se encuentran las historias de Lot, de David, de Absalón, de Ruth, el cantar de los cantares..., y cuando sepa las predicaciones

de San Pablo sobre los fornicadores, que su memoria será adornada de escenas de violaciones, de amor adúltero, de prostitución y de orgía que representa la Biblia y las expresiones de las cuales se sirve el santo libro se le dirá que no debe pronunciar ciertas palabras.

Es, por lo tanto, la apariencia de castidad, de inocencia y la realidad del vicio lo que se enseña a las jóvenes, así como se enseña al pueblo la apariencia de religión y la realidad de la ociosidad y de los desórdenes que ella produce prescribiéndole la observación del domingo. ¡Cosa extraña! La moral no existe de ninguna parte; no se cree más en la castidad, en la probidad y en ninguna de las acepciones de la palabra virtud. Nadie se deja engañar por las apariencias, y sin embargo ellas continúan envolviendo las costumbres nacionales.

Las jóvenes tienen muy pocas distracciones. Como el interior de las familias es frío, árido y mortalmente pesado, se lanzan impetuosamente a la lectura de novelas. Desgraciadamente estas novelas ponen en primer plano amantes tales que Inglaterra no los presenta, y la influencia de esta lectura hace nacer esperanzas que no podrían realizarse.

La imaginación de las jóvenes toma un cariz novelesco, ellas no sueñan sino en el rapto, pero con la particularidad que caracteriza este siglo de confort, de comodidad y de lujo que el raptor debe ser hijo de un nabab o de un lord, heredero de una inmensa fortuna

y que el rapto se haga en una soberbia calesa de cuatro caballos.

Las jóvenes ricas lejos de responder a los deseos de que son objeto, tienen los sentidos cerrados, el corazón endurecido, y su espíritu frío y positivo somete todo al cálculo. Las decepciones que experimentan estas señoritas no tendrían lugar si se les hubiera dado el gusto de los goces intelectuales, inspirado en el desprecio por las satisfacciones de la vanidad y ellas hubiesen sido formadas en el hábito de vivir de poco.

Si se les hubiera explicado el Evangelio, ellas sabrían que las grandes riquezas corrompen el corazón casi siempre, y ellas no desearían en lo menor ser amadas por jóvenes que pasan su vida en las casas de juego y mezclados con las prostitutas. Estas señoritas, después de esperar vanamente, la calesa de cuatro caballos, llegadas a la edad de veintiocho y treinta años, se casan con los pequeños negociantes, con los empleados pobres o con los equivalentes. Muchas también quedan señoritas.

A la verdad, la suerte de la mujer casada es mucho más triste que la de la muchacha soltera. Por lo menos esta goza de una cierta libertad, puede salir al mundo, viajar con parientes y amigos, mientras que una vez casada no pueden salir sin el permiso de su marido. El marido inglés es el tipo de señor y amo de los tiempos feudales. Se cree, y ello de buena fe, en el derecho de

exigir a su mujer la obediencia pasiva del esclavo, la sumisión y el respeto.

Aquel la encierra en su casa, no porque es amoroso y celoso como el turco, sino porque la considera como su *cosa*, como un mueble que no debe servir sino para su uso, y a quien debe siempre encontrar bajo su mano.

No entra de ningún modo en sus ideas el deber de la fidelidad a su mujer. Esta manera de ver, que deja el campo libre a las pasiones, muchos la motivan sobre la Biblia. El marido inglés se acuesta con su sirvienta, la arroja cuando está encinta o va a dar a luz, y no se cree más culpable que Abraham enviando al destierro a Agar y a su hijo Ismael.

La mujer, en Inglaterra, no es en lo menor como en Francia, el ama de casa, ella es casi siempre enteramente extranjera. El marido tiene el dinero y las llaves, él es el que ordena los gastos, contrata o despide a las domésticas, ordena el almuerzo todas las mañanas, invita a los comensales; él solo decide la suerte de los niños; en una palabra, se ocupa exclusivamente de todo.

Muchas de las mujeres no saben con precisión qué género de asuntos tienen sus esposos, a qué profesión son destinados sus niños y generalmente ignoran el estado de su fortuna. La mujer inglesa no pregunta jamás a su marido lo que él hace, qué sociedad ve, como gasta él, y dónde pasa su tiempo. No hay una sola mujer que ose permitirse el dirigir muchas preguntas.

De esta extrema dependencia, de este respeto, de las mujeres inglesas por la voluntad de su señor y amo, a la familiaridad, al interés activo de las mujeres francesas para con sus maridos, hay todo el espacio que separa la civilización francesa de hoy día de la de San Luis.

La mujer inglesa no tiene garantía alguna para su fortuna y puede ser despojada de ella sin saberlo. Es por el periódico ordinariamente que ella sabe que su marido ha tenido pérdidas, que está arruinado, y a veces que se ha levantado la tapa de los sesos.

He dicho ya que es de costumbre que los niños vivan con su aya en una pieza aparte; la madre no va ahí jamás. No es de ella que aprenden a hablar, no es ella la que desarrolla gradualmente su espíritu y su corazón. Cuando la nana le lleva los niños al salón, ella examina si están bien limpios, si sus vestidos están frescos; terminada esta inspección, ella los abraza y los despide hasta el día siguiente. Cuando están más grandes, los niños viven en pensión, la madre entonces no los ve sino raramente, y una vez casados, las relaciones cesan casi enteramente: se escriben, y eso es todo. Esta frialdad, esta indiferencia como madre y esposa no resulta solamente de la educación petrificante que ha sufrido, es también la consecuencia, natural de la posición que la mujer inglesa ocupa en la casa conyugal: ¿qué interés puede tomar en una asociación que se conduce en todo sin que su voluntad y sus consejos participen en nada? ¿La

buena o mala fortuna del amo no deja siempre a los esclavos en una indiferencia completa?

Creo adivinar aquello que les ha valido a estas mujeres la reputación, de mujeres de entre casa es su vida sedentaria. En efecto, como suponer que quedándose siempre en casa no se ocupen de algo. Sis embargo eso es lo que tiene lugar: no solamente las mujeres inglesas no hacen nada en su casa, sino que todavía piensan y creen rebajarse a la condición de obreras si agarran una aguja; para ellas, el tiempo es una carga abrumadora.

Se levantan muy tarde, desayunan lentamente, leen los periódicos, se visten; después a las dos, llega la segunda comida. Después leen la novela y escriben cartas de doce a quince páginas. Para comer hacen un segundo arreglo personal. Después de la comida, hacia las siete o las ocho, toman el té siempre muy lentamente. A las diez de la noche, cenan y finalmente se quedan solas en un rincón de la chimenea.

Nada manifiesta tanto el materialismo de esta sociedad inglesa que el estado de nulidad al que los hombres reducen a sus compañeras. ¿Las cargas sociales no son comunes a la mujer tanto como el hombre, para que estos señores crean poder excluirla y la condenan a vivir la vida de la planta? ¡Oh! ¡Es preciso convenirlo, la educación bíblica produce maravillosos efectos! ¿Este orden inglés no hace la sátira más amarga del matrimonio indisoluble? ¿Podrá inventarse algo más fuerte para hacer resaltar la extravagancia de la institución? Bajo el

imperio de circunstancias parecidas, es necesario, para que exista en Inglaterra un número tan grande de mujeres de mérito que Dios haya impartido a las inglesas mucho más fuerza moral y de inteligencia que a sus amos, de otra manera llegarían a ser necesariamente criaturas completamente estúpidas.

Las causas de todos los matrimonios en Inglaterra son del lado de las muchachas, el deseo de sustraerse del poder paternal; de aligerar el yugo de los prejuicios que pesan tan fuertemente sobre las jóvenes, y la esperanza de gozar en el mundo de más importancia. Porque, para las almas elevadas, es una necesidad tomar parte en el movimiento de la sociedad. Del lado de los hombres es únicamente el deseo de apoderarse de la dote, con la cual se pagan las deudas, hacen especulaciones o, si esta dote es una fortuna, de comer las rentas en los clubes o con las amantes.

Dentro de este mercado la mujer es la que es engañada. Los prejuicios la conducen al altar y la concupiscencia la espera para despojarla. Los hombres llevan la misma existencia que antes de estar casados; el lazo del matrimonio, que es tan pesado para las mujeres, no les impone ninguna obligación, y según como lo quieran ellos, viven con mujeres alegres, sirvientas y actrices. La mayor parte mantiene suntuosamente a una amante en una bella casa pequeña de los arrabales.

Forman una segunda familia; todo lo que tienen de afecto en el corazón se lo dan a esta mujer elegida y para

los hijos que ella les dé, mientras la pobre mujer legítima que han tomado únicamente como un socio capitalista es a sus ojos una compañía incómoda, desabrida: las atenciones que ella exige, la consideración, el respeto que el mundo les obliga a mostrarle, son deberes que lo importunan y a los cuales escapan manteniéndose fuera el mayor tiempo posible.

¿En qué se convierte la *mujer a contrato*? ¡Ella está reducida al estado de máquina para fabricar niños, “y los veinticinco años más bellos de su vida se la pasa teniendo hijos”!

Mujeres intelectuales

El aislamiento lleva a la mujer inglesa a observar, a meditar. Un gran número de ellas se dedica a escribir. Hay en Inglaterra mucho más mujeres autoras que en Francia, porque las francesas tienen una vida más activa y son menos excluidas que las inglesas del movimiento social.

Muchas mujeres autoras han descrito Inglaterra y desde Lady Montagu, que ha escrito sus impresiones de viaje en un estilo tan puro, tan elegante, una cantidad de otras se han lanzado, a su ejemplo, en la carrera literaria y han dado prueba de un mérito incontestable.

Es sobre todo en la novela y en los cuadros de costumbre que estas mujeres sobresalen. Todo el mundo

conoce las obras de Lady Morgan. Nadie antes de ella había trazado tan bien el carácter irlandés y dado tanta vida a la pintura de Irlanda.

Las obras de Lady Blissington se hace notar por la exactitud en la observación, lo picante de su pensamiento; y yo podría citar muchos otros nombres.

Últimamente una joven ha aparecido y su comienzo ha sido de lo más brillante, jamás una autora literaria ha brillado con tan vivo resplandor, ni ha dado tan bellas esperanzas, y Lady Litton-Bulwer se ha colocado en el primer puesto de la literatura. Esta mujer de élite es una de las numerosas víctimas de la indisolubilidad del matrimonio.

Así, su primer libro es un largo quejido de dolor; ella lo ha titulado *Escenas de la vida real*. No se muestra impunemente el talento: no pudiendo la gente contesterle se ha elevado contra el escándalo de semejantes divulgaciones. Pobres mujeres no se les permite sino sufrir... este mundo les ha prohibido hasta la queja.

El marido de Lady Bulwer, conocido como célebre novelista, llegó al parlamento y a título de barón, cuando Lady Bulwer vino a revelar el bello genio con que Dios la ha dotado. Desde entonces Sir Litton-Bulwer se siente destrozado por los demonios de la envidia; ha recurrido a la calumnia para empañar un resplandor que lo ciega. Rodea a su mujer de espías, y como la autora se agranda, quiere mancillar a la esposa. A la verdad, corre un rumor entre el público de Londres que explica

la envidia devoradora y el odio activo con que persigue a su mujer.

Se dice que es Lady Bulwer la autora de todas las novelas que ha publicado bajo el nombre de Sir Litton-Bulwer. Lo que da a esta afirmación la consistencia de un hecho probado es que después de la separación de los dos esposos, el señor Litton-Bulwer no ha publicado nada de notorio, y que en la Cámara de los Comunes no se ha elevado jamás por encima de la cantidad de mediocridades parlamentarias. Después la elegante simplicidad, la altura de pensamiento, en las *Escenas de la vida real*, por Lady Bulwer, hace ver en ella el autor de *Rienzi* y de *Pethan*, las dos novelas publicadas bajo el nombre de Sir Litton-Bulwer y que han tenido gran éxito.

Uno se consuela de la pérdida de su mujer; ¡pero perder una fuente de riqueza! Perder su hada creadora!, ¡caer de las alturas del Olimpo...!

¡Oh, Lady Bulwer, hago votos para que el odio de su marido sea para siempre impotente; para que, más feliz que yo, puedas escapar de toda bala homicida; pero ¡conozco lo suficiente el corazón humano como para poder predecir que su odio será implacable, y que te perseguirá hasta la tumba!

Las mujeres autoras se ocupan también, en Inglaterra, de los temas más graves. La señorita Martineau ha escrito unas obras muy notables sobre economía política; la señora Trollope ha publicado un viaje a América del Norte que ha tenido mucho éxito; la señora Gore

ha escrito novelas cortas muy bellas acerca de las costumbres y la historia polaca, la señora Shilly hace versos plenos de melodía y de sentimiento.

Muchas de estas damas escriben en revistas y periódicos; pero veo con profunda aflicción que todavía ninguna ha abrazado la causa de la libertad de la mujer, de esta libertad sin la cual todas las otras son de tan corta duración, de esta libertad por la cual conviene a las mujeres autoras especialmente que combatan. Las mujeres autoras en Francia, desde este punto de vista, han aventajado a las inglesas.

No obstante, una voz de mujer se hizo escuchar en Inglaterra hace medio siglo, voz que toma en esta verdad con la cual Dios ha marcado nuestra alma, un poder irresistible y una energía resplandeciente; voz que no tiene miedo de atacar uno a uno los prejuicios y de demostrar la mentira y la iniquidad. Mary Wollstonecraft ha titulado su libro *A vindication of the rights of woman* (Defensa de los derechos de la mujer), que apareció en 1792.

Este libro fue agotado desde su aparición, lo cual no le ahorró a su autora el suplicio de la calumnia. No fue publicado sino el primer volumen y se ha vuelto extremadamente raro. No pude encontrarlo para comprarlo y de no haber tenido un amigo que me lo prestó me habría sido imposible leerlo. La reputación de este libro inspira tal horror que, si otras las mujeres hablan

de dicho progreso, algunas responderán con un movimiento de miedo: “¡Oh, es un libro muy malo!”

La calumnia cae a menudo sobre la celebridad de mayor mérito; trasmite sus odios de generación en generación y no respeta la tumba, ni la gloria misma la detiene.

Mary Wollstonecraft dedicó su libro al señor de Talleyrand-Périgord. Escuchen a esta mujer, a esta mujer inglesa que fue la primera que osó decir que los derechos civiles y políticos pertenecen igualmente a los dos sexos, y que hace un llamado a una opinión profesada por Talleyrand en la tribuna para demostrarle que es su deber, de hombre de Estado, de actuar conforme a esta opinión, de hacer triunfar las consecuencias de ella y de establecer la completa emancipación de la mujer.

He aquí algunos pasajes de esta obra:

“Reclamando por los derechos de la mujer, mi principal argumento para demostrar su utilidad, está fundado sobre aquella razón bien simple: que si la educación no prepara a la mujer para convertirse en la compañera del hombre, ella detendrá el progreso; porque si los conocimientos humanos son derecho exclusivo del hombre, su influencia no tendrá eficacia sobre la marcha de la sociedad.

“Si quieren que sus pequeños comprendan el verdadero patriotismo, es preciso que su madre sea una patriota esclarecida. Y el amor de la humanidad, fuente

de toda virtud, no podría desarrollarse en ellos sino por la apreciación del interés moral y político del género humano; pero la educación actual de la mujer la excluye de tales investigaciones.

“Me dirijo a usted, señor, como un legislador, y le pregunto que, si cuando los hombres combaten por su libertad y porque se les deje decidir a ellos mismos lo que conviene a su propia felicidad, ¿no es inconsecuente e injusto sujetar a las mujeres a leyes en las cuales ellas no han participado? ¿Quién ha constituido al hombre en juez exclusivo para decidir si la mujer está, como él, dotado de razón?

“Los tiranos de todas las denominaciones, desde los reyes hasta los padres de familia actúan y razonan igual; ellos se apresuran en destruir la razón, en usurpar los derechos, y afirman que es por la utilidad general que ahogan la voz de todo ¿Su conducta no se parece a aquella de los tiranos cuando les niegan a las mujeres derechos civiles y políticos, y las obligan a permanecer encerradas en sus familias y a moverse en medio de las tinieblas?

“Si la mujer debe continuar en estar excluida de la participación de los derechos naturales de la humanidad, deberían ustedes antes que todo probar, a fin de rechazar la acusación de injusticia e inconsecuencia, que ella carece de razón, de otra manera su nueva Constitución llevará siempre la huella de la iniquidad, y testimoniará que el hombre, librándose al despotismo se ha

mostrado y quedado tirano él mismo, y lo sabe usted, señor: la tiranía en cualquier parte de la sociedad en la que se muestre, aniquila toda moral.

“Si no se permite a las mujeres gozar de derechos legítimos, ellas pervertirán a los hombres y a ellas mismas para obtener privilegios ilícitos”.

Ahora he aquí como Mary Wollstonecraft habla a las mujeres:

“Espero que las mujeres me excusarán si las trato como seres racionales, en lugar de hablarles de sus gracias encantadoras y de considerarlas como si estuviesen en un perpetuo estado de infancia, incapaces de actuar por ellas mismas.

“Deseo ardientemente indicarles en qué consisten la verdadera dignidad y la felicidad.

“Deseo persuadirlas de la necesidad de desarrollar sus fuerzas intelectuales y físicas.

“Deseo convencerlas que aquellas dulces expresiones de susceptibilidad de corazón, delicadeza de sentimiento y refinamiento de gusto son casi sinónimos de debilidad.

“Deseo que dejen de ser esas criaturas débiles, que son objeto de la piedad o de aquella especie de amor que la piedad hace nacer, y que son pronto abandonadas por el hombre tan sólo se convierten en objeto de su desprecio.

“Rechazando, por lo tanto, esas frases gentiles para uso de las damas de las cuales la condescendencia de los hombres quiere aprovecharse, bien para suavizar el yugo de nuestra dependencia, bien para despreciar esta elegancia de espíritu, esta sensibilidad exquisita y esta blanda docilidad de maneras que se supone son los rasgos característicos de nuestro sexo, deseo mostrar que la elegancia es inferior a la verdad moral.

“Deseo mostrar que el primer objeto de una ambición loable debe para todos, sin distinción de sexos, ser útil a sus semejantes; que el bien que resulta para el prójimo de las acciones de los hombres es la piedra de toque del mérito de estas acciones”.

Mary Wollstonecraft reclama la libertad de la mujer como un derecho, a nombre del principio sobre el cual las sociedades fundan lo justo y lo injusto. Ella la reclama, porque sin la libertad no puede existir obligación moral de ninguna especie, como demuestra igualmente que sin la igualdad de estas obligaciones, para uno y otro sexo, la moral carece de base, cesa de ser verdadera.

Mary Wollstonecraft dice que considera a las mujeres bajo el punto de vista elevado de criaturas que son, al igual que los hombres, colocadas sobre esta tierra para desarrollar sus facultades intelectuales.

La mujer no es ni inferior ni superior al hombre; estos dos seres no se diferencian, desde el punto de vista del espíritu y de la forma, sino para guardar armonía,

y sus facultades morales estando destinadas a completarse por la unión, deben recibir el mismo grado de desarrollo.

Wollstonecraft se levanta contra los escritores que consideran a la mujer como un ser de naturaleza subordinada y destinada a los placeres del hombre.

A este respecto hace una crítica muy justa de Rousseau, quien establece que la mujer debe ser débil y pasiva; y el hombre activo y fuerte; que la mujer ha sido formada para estar sujeta al hombre, y finalmente que la mujer debe hacerse agradable y obedecer a su amo, y que tal es el objeto de su existencia.

La autora demuestra que, según estos principios, las mujeres son educadas para la astucia, para la doblez y para la galantería, mientras que su espíritu queda sin cultura, y la sobreexcitación de su sensibilidad dejándolas sin defensa hace que se vuelvan víctimas de todas las opresiones. La autora prueba que la alteración de toda moral es la consecuencia rigurosa de estos principios. La tendencia, perniciosa de estos libros, añade, en los cuales los escritores degradan insidiosamente a las mujeres, en el momento mismo en que están prosternados frente a sus encantos, no serán nunca suficientemente señalados ni tan severamente censurados.

Mary Wollstonecraft se yergue con coraje y energía contra toda especie de abuso.

“Los homenajes y el respeto, dice, cuya propiedad es el objeto, son las fuentes envenenadas de las que pro-

vienen la mayor parte de los males que hacen del mundo una horrible escena a contemplar.

“Porque todos buscan obtener el respeto por las riquezas, y las riquezas ganadas, y no importa cómo, obtendrán el respeto que no es debido sino al talento y a la virtud. Los hombres desatienden todos los deberes del hombre, y sin embargo, son tratados como semidioses. La religión está también aislada de la moral, y los hombres se sorprenden de que el mundo no es más que una cueva de ladrones y de opresores”.

Mary Wollstonecraft publicaba en 1792 los mismos principios que Saint Simon ha difundido más tarde, y que se propagaron con tanta rapidez después de la revolución de 1830.

Su crítica es admirable; ella hace resaltar en todas sus verdades que los males provienen de la organización actual de la familia; y la fuerza de su lógica deja a los contradictores sin réplica. Ella denuncia atrevidamente la cantidad de prejuicios de los que la gente está rodeada; quiere para los dos sexos, la igualdad de derechos civiles y políticos, su igual admisión en los empleos, la educación profesional para todos, y el divorcio a voluntad de las partes.

“Fuera de estas bases, dice ella, toda organización social que prometiera la felicidad pública, mentiría a sus promesas”.

¡El libro de Mary Wollstonecraft es una obra imperecedera! Es imperecedera, porque la felicidad del

género humano está ligada al triunfo de la causa que defiende la reivindicación de los derechos de la mujer.

¡Sin embargo existe desde hace medio siglo, y nadie lo conoce!...

Mujeres públicas

Jamás he podido ver una mujer pública sin ser conmovida por un sentimiento de compasión por nuestras sociedades, sin sentir el desprecio por su organización y odio por sus dominadores que extraños a todo pudor, a todo respeto por la humanidad, a todo amor por sus semejantes, reducen la criatura de Dios al último grado de abyección. ¡La rebajan por debajo de lo brutal!

Comprendo al salteador de caminos que saquea a los que pasan por los grandes caminos y entrega su cabeza a la guillotina. Comprendo al soldado que juega constantemente su vida y no recibe nada a cambio sino unos centavos por día. Comprendo al marinero que expone la suya al furor de los mares. Los tres encuentran en su oficio una poesía sombría y terrible. Pero no podría comprender a la mujer pública abdicando de ella misma, aniquilando su voluntad, sus sensaciones, entregando su cuerpo a la brutalidad y al sufrimiento y su alma al desprecio. La mujer pública es para mí un misterio impenetrable... Veo en la prostitución una locura horrenda, o bien es en tal forma sublime que mi ser

humano no puede tener conciencia de ello. Arrostrar la muerte no es nada; pero ¿qué muerte afronta la mujer pública! Está comprometida con el dolor y consagrada a la abyección. Sufre torturas físicas incesantemente repetidas, muerte moral en todos los instantes y desprecio de sí misma.

Lo repito, hay en ella algo de sublime o de locura.

La prostitución es la más horrorosa de las plagas que produce la desigual repartición de los bienes de este mundo. Esta infamia marchita la especie humana y atenta contra la organización social más que el crimen. Los prejuicios, la miseria y la esclavitud combinan sus funestos efectos para producir esta sublevante degradación. Sí, si no se hubiese impuesto a la mujer la castidad por virtud sin que el hombre a ello fuese obligado, ella no sería rechazada de la sociedad por haber accedido a los sentimientos de su corazón, y la mujer seducida, engañada y abandonada no estaría reducida a prostituirse.

La virtud o el vicio supone la libertad de hacer bien o mal; pero cuál puede ser la moral de la mujer que no se pertenece a sí misma, que no tiene nada propio y que toda su vida ha sido preparada a sustraerse a lo arbitrario por la astucia y a la coacción por la seducción.

Las riquezas están repartidas más desigualmente en Inglaterra que en ningún otra parte, la prostitución debe ser por lo tanto más considerable. El derecho de testar no está restringido por la ley inglesa, y los prejuicios aristocráticos que reinan en el pueblo, desde el

feudo del lord hasta la cabaña humilde del “labrador”, hacen instituir “un heredero” en todas las familias; en consecuencia las hijas no tienen sino débiles dotes, a menos que no tengan hermanos.

No obstante, existen, solo pocos empleos para las mujeres que han recibido alguna educación; además los prejuicios fanáticos de las sectas religiosas hacen rechazar de todo hogar, y a menudo incluso del techo paterno, a las muchachas que han sido seducidas o engañadas, y la mayor parte de los ricos propietarios del campo, los fabricantes y los jefes de fábricas hacen el juego de seducirlas y engañarlas.

Las muchachas nacidas en la clase pobre son empujadas a la prostitución por el hambre. Las mujeres son excluidas de los trabajos del campo y cuando no son ocupadas en las manufacturas no tienen otro recurso de vida, sino la servidumbre y la prostitución. Las mujeres públicas de Londres son tan numerosas que a toda hora se les ve en todas partes.

Afluyen a todas las calles, pero en ciertos momentos del día se hacen presentes en los barrios alejados donde la mayor parte reside, en las calles donde se encuentra el gentío y en los paseos y teatros. Fui como observadora, acompañada de dos amigos armados de bastones, a visitar, entre siete y ocho horas del día, el nuevo barrio al cual llega el puente de Waterloo y que atraviesa a lo ancho y a lo largo la calle de Waterloo-road. Aquel barrio está casi enteramente poblado de prostitutas y de

agentes de la prostitución. No sería sino incurriendo en inminentes peligros que se le puede atravesar solo por la noche.

Estábamos en verano y la tarde estaba muy cálida, las muchachas estaban en las ventanas o sentadas frente a sus puertas, riendo y jugando con sus “mantenidos”. Medio vestidas, muchas desnudas hasta la cintura, revoloteaban provocando repugnancia, mientras que la expresión de cinismo y de crimen se leía sobre el rostro de sus mantenidos y provocaban el miedo.

En general, estos mantenidos eran hombres muy bellos, jóvenes, grandes y fuertes; pero por su aire común y grosero se creería ver aquellos animales que no tienen sino apetitos por instinto.

Recorrimos así todas las calles adyacentes de Waterloo-road, y nos fuimos a sentar sobre el puente para observar otro espectáculo. Vimos pasar las mujeres del barrio de Waterloo-road, que por la noche, entre las ocho y las nueve, van en “bandas” al *west-end* de la ciudad, donde ellas ejercen su oficio durante la noche y vuelven hacia las ocho o las nueve de la mañana.

Es un espectáculo para ver y para hacernos conocer mejor el estado moral de Inglaterra que todo lo que se podría decir. Tales tabernas espléndidas tienen una fisonomía muy particular. Parece que los concurrentes asiduos a aquellos palacios les dedican la noche. Van a dormir cuando el sol comienza a brillar en el horizonte y se despiertan después de su ocaso.

Hacia la media noche los asiduos comienzan a llegar. Varias de estas tabernas son lugares de citas de la alta sociedad, donde la élite de la aristocracia se congrega. Al principio los jóvenes lords se tienden sobre los bancos en forma de sofás, fuman y bromean con las mujeres después; tras de varias libaciones, los vapores de champaña, el alcohol de madera exaltan su cerebro, y los ilustres mozos de la nobleza inglesa, los muy honorables del parlamento se quitan el vestido, desatan la corbata, se sacan el chaleco y los tirantes. Estos establecen su “camarín particular” en un cabaret público. La orgía va siempre creciendo. Entre las cuatro y cinco horas de la mañana ella llega a su apogeo.

¡Oh, entonces es necesario una cierta dosis de coraje para quedar allí, mudo espectador de todo lo que pasa!

¡Qué digno empleo hacen de sus inmensas fortunas estos nobles señores ingleses! Cuán bellos, cuán generosos son cuando han perdido el uso de su razón y ofrecen cincuenta, cien guineas a una prostituta si quiere ella prestarse a todas las obscenidades que la ebriedad produce...

El aspecto de este licencioso espectáculo subleva, espanta y sus exhalaciones llegan a revolver el estómago; el aire está cargado de miasmas infectas; el olor de las carnes, de las bebidas, del humo de tabaco y otros más fétidos todavía..., todas estas emanaciones penetran en la garganta: ¡oh, es horrible! Sin embargo esta vida que ellas recomienzan “cada noche” es para la mujer

pública la única esperanza de fortuna, porque no tienen oportunidad con el inglés “en ayunas”, pues el inglés en ayunas es casto hasta la mojigatería.

De ochenta a cien mil mujeres, la flor de la población, viven en Londres de la prostitución. Cada año, de quince a veinte mil se enferman y tienen la muerte del leproso, en un total abandono. Cada año, un número más considerable todavía viene a reemplazar a aquéllas cuya espantosa existencia termina.

Para explicar una prostitución tan difundida, es necesario tener presente en el espíritu el inmenso aumento que han tomado las riquezas de Inglaterra desde hace cincuenta años, y recordar que, en todos los pueblos y en todas las épocas, la sensualidad se ha desarrollado junto con la riqueza. El amor al dinero, implantado en el corazón de los jóvenes en la edad más tierna, destruye los afectos de familia así como toda compasión de los males ajenos y no permite crecer ningún sentimiento de amor. El amor no entra para nada en su vida. Es sin amor que seducen a una muchacha, es sin amor que se casan. El joven “se casa con dote”, abandona a su mujer y va a dilapidar la fortuna en las casas de juego”. Oh, esta vida completamente material de los apetitos y de los intereses es repelente. Jamás sociedad alguna ha presentado un aspecto tan horroroso. El dinero por motor; y para todo goce, el vino y las prostitutas.

En Londres todas las clases están profundamente corrompidas. Durante la infancia el vicio adelanta la edad.

En la vejez sobrevive a los sentidos apagados y las enfermedades de la lujuria han penetrado en todas las familias. La pluma se niega a describir los extravíos, las vilezas a las cuales se dejan arrastrar los hombres hastiados de todo, que no tienen sino los sentidos y cuya alma es inerte, el corazón marchito, el espíritu sin cultura. Frente a una tal depravación, San Pablo habría exclamado: “Anatema sobre los fornicadores”, y habría huido de esta isla sacudiéndose el polvo de los pies.

En Londres no se tiene consideración por las víctimas del vicio. La suerte de la mujer pública no inspira más piedad que aquella del irlandés, del judío, del proletario y del mendigo. Los romanos no eran más insensibles para con la vida de los gladiadores que perecían en el circo. Los hombres, cuando no están ebrios, rechazan con el pie a las prostitutas y aun les pegarían si no temieran el escándalo, los resultados de una batalla con los mantenidos o la intervención de la policía.

En Londres la prostituta no tiene derecho sino al hospital, y aun así, sólo cuando encuentra un lugar desocupado.

La prostitución existe en todas partes, pero en Londres es un hecho tan inmenso que se le ve como un monstruo que todo lo quiere tragar; y he comprendido colocándome en el punto de vista del vulgo, que probablemente no se querría convenir conmigo en su impotencia, y que el cuadro sería acusador de exageración. Yo pensaba entonces en hacerme de pruebas, de autoridades que confirmasen el testimonio de mis ojos.

Ha sido en mayo de 1835 que fue instituida la Sociedad “para prevenir la prostitución de la juventud”. En su llamado al público, expone el estado de depravación de las clases populares en Londres. Afirma que existen escuelas donde la juventud de los dos sexos es preparada para el hurto y para todos los actos de inmoralidad; que la prostitución y el robo son “abiertamente propiciados” por aquellos que aprovechan de ello, que en fin el crimen es organizado regularmente, y dirige un llamado a los ciudadanos acerca de los más atroces de los atentados que se cometen impunemente a pleno día en las calles de Londres, para alimentar el más infame de los comercios. Existe, dice aquél, un gran número de hombres y de mujeres cuyo comercio consiste “en vender a las muchachas de diez a quince años que han atrapado en sus redes”. Las muchachas, atraídas bajo diversos pretextos a las casas de delito o de perversión, mantenidas a título privado durante quince días.

Entre las muchachas seducidas a las cuales el comité ayudó durante el primer año de su ejercicio, hago notar el caso de una muchacha de trece a catorce años. El tratante de esclavos que la hubo pervertido y en cuya casa ella estaba retenida, llevado al juicio, ha sido absuelto. Por lo demás, en las cuentas rendidas a la Sociedad, para los años 1837 y 1838, se cuentan varios hechos de la misma especie y los traficantes de carne humana han sido condenados a “algunos meses de prisión”.

La depravación inglesa no produce nada más odioso que esos monstruos de los dos sexos que recorren Inglaterra y Europa continental, tienden sus redes a la niñez, luego retornan a Londres a vender a esta virtuosa aristocracia, a aquellos enriquecidos del comercio, las muchachas que han arrebatado al afecto de sus padres, excitando insidiosas esperanzas a través de atroces mentiras, o de las cuales se han apoderado furtivamente por las redes que han tendido a las muchachas mismas. Algunos de estos agentes frecuentan las respetables clases de la sociedad inglesa. Aquellos, dedicados a los mercados de esclavos del *west-end*, a menudo son enviados a diversas ciudades y aldeas del continente, a Holanda, Bélgica, Francia e Italia. Estos tratan con los padres, comprometen a las muchachas en calidad de bordadoras, modistas, lenceras, músicos, damas de compañía, domésticas, etcétera, para evitar las sospechas. Llegan a veces hasta dar adelantos a los padres, y cuando se han procurado un cierto número de muchachas, regresan a Londres.

No pudiendo la policía introducirse en una casa cualquiera a menos que los gritos y el ruido no proclamen los desórdenes hasta afuera, resulta que con la excepción de estos establecimientos, interesados en fundar su reputación en el mundo elegante, la mayor parte de las casas de perversión tienen un acceso peligroso. Ellos ofrecen refugio a rateros y ladrones de toda especie. Los encubridores son frecuentemente

llevados frente al magistrado por querellas, desórdenes y bajo la acusación de robo. En esas guaridas, los ladrones vienen a esconderse y comparten los robos obtenidos por la depredación. Los encubridores trafican con los objetos robados y vienen en ayuda de los ladrones cuando estos son detenidos. Entonces dan dinero para trastornar el curso de la justicia y tienen éxito a menudo en hacerlos absolver. Las prostitutas tienen casi todas por sostenedores a los industriales que frecuentan esas casas. Los ladrones pasan allí la noche y a la menor señal están prestos a precipitarse sobre la víctima para despojarla y hasta asesinarla.

Existen en Londres cinco instituciones para ir en socorro de las prostitutas que deseen de dejar su horrible carrera. Pero los esfuerzos de estas sociedades son en general demasiado mal dirigidos y sus medios demasiado restringidos para poder efectuar el bien. El número total de prostitutas, a las cuales los cinco asilos les ofrecen anualmente refugio, no excede de quinientos. ¡Es solamente a quinientas de estas desdichadas que las cinco sociedades vienen a ayudar y le proporcionan una colocación más honrada! La única sociedad que ataca a la depravación en su origen es aquella para prevenir la prostitución de la niñez. Esta sociedad se sirve activamente de las leyes existentes pero así y todo, con todo su celo, no puede sino débilmente limitar el crimen, tanto como resultado de la insuficiencia, de la asistencia que recibe, como por la legislación.

Corolario

Cuando recorría por primera vez los campos de Inglaterra, la vista de los pueblos me hizo creer al principio, que acababan de ser contruidos; pero siguiendo la ruta reconocí pronto que las casas de todos los pueblos eran igualmente nuevas, y comprendí que los campesinos ingleses debían tener por regla el hacer blanquear y pintar sus casas todos los años, o cada dos años por lo menos. Sin duda, esta limpieza es muy loable y yo apruebo ese cuidado por los muros, las contraventanas, las puertas y las rejas; pero resulta de ello una monotonía muy fatigante. Al ver todas estas casas nuevas, el viajero cree recorrer un país que no data sino de veinticinco años. Y se dice a sí mismo: las gentes que habitan estos pueblos no han nacido en ellos; y si encuentra un viejo, curvado por el peso de los años, busca en vano dónde puede haber nacido este hombre. Por lo demás, esta limpieza exterior de las casas es todavía una apariencia a la cual el interior está lejos de responder.

La fuente revela la Providencia; la naturaleza no tiene creación alguna alrededor de la cual revoloteen ideas tan risueñas, tan graciosas; el soto no tiene lugar donde se haga sentir tanto la inspiración poética y religiosa.

En ella abrevan los pájaros del cielo y los huéspedes de la floresta; el pastor trae a beber a su hato, la joven

viene a llevar agua; es allí donde ella escucha las primeras palabras de amor, y es allí también donde se presenta el anciano fatigado, con la esperanza de una caridad.

¿Por qué en Inglaterra no hace recordar sino el egoísmo del rico y la desgracia del pobre?

Me he llevado de Londres un sonido que la visión del infortunio hará vibrar siempre en mí, sonido que me recuerda al pobre proletario inglés oprimido, aplastado por el rico; al mendigo pidiendo furtivamente limosna y cayendo de inanición en las calles; en fin a todos aquellos seres desheredados de los dones del cielo, todos aquellos parias que cubren como una lepra esta inmensa ciudad, ¡cuyo lujo es tan escandaloso y su miseria tan pavorosa!

No existe en Londres ninguna de aquellas fuentes suntuosas y monumentales que animan las plazas de París y hablan a todos el lenguaje del arte. Pero se encuentra en muchas calles guarda-fuentes de fierro y con bomba. Una cadena de fierro es fijada a un pilar, al extremo del cual pende una cuchara del mismo metal. Esta cuchara es la oportunidad económica ofrecida al pobre por su señor y maestro el rico. “Vean, donde nosotros el agua no cuesta nada al pueblo, la puede beber cómodamente y sin ir a recogerla al río”. Así hablan las personas de las clases opulentas, que en Londres no beben jamás agua.

En un país donde el agua pura es muy malsana, donde es preciso usar cordiales para resistir a la humedad y

el frío, ¿no es el colmo de la crueldad el poner bebidas fermentadas fuera del alcance del pueblo por los derechos enormes con que son recargadas? En un país donde apenas un individuo sobre veinticinco puede beber vino y uno sobre siete la cerveza, ¿no es una ironía insultante el ofrecer a beber al pueblo de Londres el agua que han ensuciado todas las alcantarillas de la ciudad?

A diez pasos de mi casa estaba una de esas fuentes. A cada instante yo escuchaba el ruido de la cadena y de la cuchara retumbando sobre el cerco, y yo me decía: he ahí a uno de mis hermanos que bebe el agua, de esta agua de Londres, ¡tan insípida, tan nauseabunda! Toda el agua distribuida en la ciudad no proviene, es cierto, del Támesis, pero no obstante de ello debilita el estómago y da a menudo disentería y fiebres. ¡Este sonido duro del fierro me rompía el corazón, vibraba en mi oído como un cristal fúnebre! ¡Pobre pueblo! ¿Dios te dejará a merced de tus lords, de esos lords que, sin piedad, te ven morir de esta muerte lenta y cruel que mata, a cada hora, a cada instante, debatiéndose la víctima en vano en su agonía?. ¡Oh! ¡Ese pensamiento es horrible! El conquistador destruido por el fierro y el fuego, usa el derecho de la guerra: el conquistador se presenta abiertamente al enemigo, no ha dicho hipócritamente que venía a proteger al pueblo, mientras que lo reducía a la esclavitud. ¡Pero destruir todo un pueblo por la miseria y por el hambre, imponerle el yugo más pesado que jamás población de esclavos haya soportado, obligarlo a con-

tentarse con harapos por vestidos, de algunas raíces por alimento, de agua por bebida, y trabajar todo el tiempo que tiene los ojos abiertos, bajo pena de morir de hambre! ¡Oh! Lords de Inglaterra este sistema es el más bárbaro, la más atroz de las tiranías. Dios no permitirá su duración.

Hace cincuenta años que el pueblo de Francia quemaba los castillos y veinte veces la Europa armada ha sido impotente para impedir triunfar su causa. Actualmente Inglaterra resuena en todos los lugares, con gritos de revuelta y destrucción. ¡Oh! Lords, arrepíentanse, teman a la venganza del pueblo, aplaquen su indignación y acuérdense de este proverbio, tan viejo como el mundo: “Vox populi, vox Dei”.

**Paseos
en Londres**
se terminó de editar
en diciembre de 2020 en
las oficinas de la
Editorial Universidad de Guadalajara,
José Bonifacio Andrada 2679, Col. Lomas
de Guevara, 44657, Zapopan, Jalisco.

Modesta García Roa
Coordinación editorial

Sofía Reyes
Cuidado editorial

María Alejandra Romero Ibáñez
Diseño y diagramación